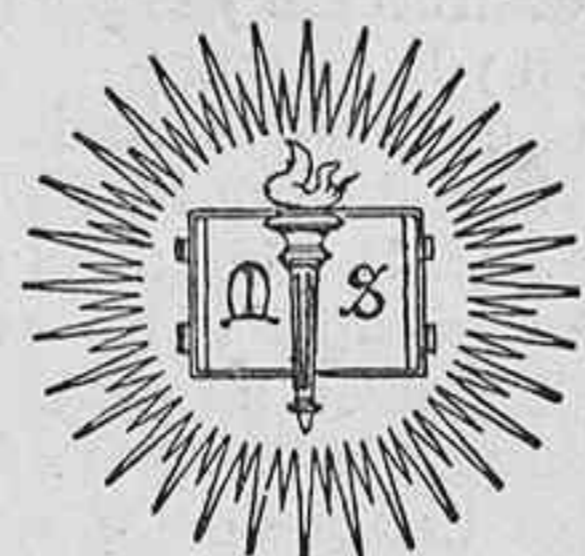


La Ilustración Artística



Artística

Año XXXI

BARCELONA 8 DE ABRIL DE 1912

Núm. 1.580



MULEY HAFID, SULTÁN DE MARRUECOS, EN LA INTIMIDAD

El sultán, vestido con su chilaba azul, sostiene en una mano sus tablitas y en la otra su estilete de musulmán letrado, autor de varios libros

Esta fotografía ha sido tomada por el enviado especial de «L'Illustration» Gustavo Babin, el 1.º de enero último, en el patio de los Leones del palacio del Dar el Majzén, de Fez



Texto.—*Revista hispanoamericana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El hijo del verdugo*, por José Pérez Hervás. — *Cádiz. El centenario de la Constitución de 1812*. — *Barcelona. Concurso de bocetos para el monumento a Jacinto Verdaguer*. — *Actualidades barcelonesas*. — *El general Porfirio Díaz en Madrid*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Pompeya. Nuevos e importantes descubrimientos*. — *Actualidades extranjeras*.

Grabados.—*Muley Hafid, sultán de Marruecos*. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *El hijo del verdugo*. — *El ensueño de un poeta*, cuadro de Maximiliano Lenz. — *Dolores*, cuadro de José M.^a Tamburini. — *Cádiz. Aspecto de la Plaza de la Constitución en las fiestas del Centenario de la de 1812*. — *Bocetos para el monumento a Jacinto Verdaguer*. — *La pesca; La siega*, cuadros al pastel de A. Mas y Fontdevila. — *Barcelona. Los estudiantes matritenses con su profesor Odón de Buen*. — *Banquetes en honor de D. Ricardo Calvo y de D. José Ferrer y Vidal*. — *Madrid. El expresidente de México Porfirio Díaz y su esposa*. — *Pompeya. Frescos religiosos; Termopolio (bar)*, recientemente descubiertos. — *Barrow. Botadura del «Queen Mary»*. — *Ville d'Avray. Homenaje a Gambetta*. — *Berlín. Guillermo II en el balcón del hotel Esplanade*.

REVISTA HISPANOAMERICANA

Cuba: veteranos y guerrilleros: el valor económico de la isla: los anexionistas. — **México:** la guerra civil: la amenaza yanqui: el manifiesto del presidente a la nación. — **América Central:** los empréstitos neoyorquinos a Honduras y a Nicaragua: la Unión Centroamericana: el Congreso de periodistas: la tendencia a la unidad política. — **Ecuador:** la revolución y la fiebre amarilla. — **Paraguay:** la revolución, los partidos y el estado económico del país. — **República Argentina:** la Academia Correspondiente de la Española: el Diccionario de Americanismos y el Congreso del lenguaje castellano.

Veteranos y guerrilleros, es decir, los que tomaron parte en la guerra contra España y los que lucharon en defensa de ésta, se combaten rudamente en Cuba. Reclaman los primeros derecho preferente a desempeñar los cargos públicos, y a tal punto llevan sus exigencias y amenazas, que ha habido ya temores de que se renovara la guerra civil y de que otra vez tuvieran que intervenir los Estados Unidos. Prudentes advertencias del gobierno de Washington han evitado por ahora el peligro; pero los veteranos no cesan en su empeño y se preparan para realizar actos de protesta con motivo del aniversario, a fin de año, de la muerte de Maceo.

Si el factor social o político representa en la Gran Antilla un elemento negativo de prosperidad y engrandecimiento, el factor económico, en cambio, promete espléndido porvenir de positiva y extraordinaria riqueza. Claro es que el primero puede paralizar o contrariar el desarrollo del segundo. Por esto, las entidades o las clases productoras del país son, en general, anexionistas. Creen que la anexión de Cuba a los Estados Unidos habría de asegurar la paz pública y, por consiguiente, favorecer al libre y tranquilo ejercicio de todas las iniciativas y actividades encaminadas al fomento de los intereses materiales.

La Cámara de Comercio de Cuba, en su última Memoria anual, señala la prodigiosa vitalidad de la isla, que va desenvolviendo, con asombro del mundo entero, su enorme riqueza, aun susceptible de máximo desarrollo si se protegiera la inmigración, se modificaran los aranceles, y se aprobecharan todos los múltiples y variados elementos de producción que atesora el territorio cubano.

También en México se habla de la intervención yanqui, y los buenos patriotas alzan airada voz de protesta contra la posibilidad de tal afrenta. La situación se agrava de día en día. El bandolerismo armado no se rinde y lo utilizan en provecho propio los codiciosos del poder.

Se ha renovado el período de luchas civiles, y en la frontera del Norte se aperciben las fuerzas norteamericanas para llevar a México la invasión y la guerra. Por inadvertencia o de propósito, se ha dado ya el caso de internarse fuerzas yanquis, con armamento, en territorio mexicano.

Tan mal cariz presentan las cosas que muchos de los extranjeros establecidos en la capital se ponen en guardia contra graves y posibles contingencias, celebran reuniones y deciden formar una brigada de voluntarios para defender la integridad nacional de la República mexicana.

Como dice un periódico del país, se nota un gran movimiento de disgregación social, de manifiestacio-

nes anárquicas que están sembrando la alarma y aflojando los vínculos de la familia mexicana. «No parece sino que de golpe hemos retrocedido cincuenta años de nuestra vida política, allá a los tiempos de la guerra de Reforma, cuando a la sombra de banderías se alzaban partidos armados cuyo objetivo principal era la destrucción y el pillaje, dejando a su paso la desolación y la muerte.»

De la gravedad de la situación da perfecta idea el manifiesto que el presidente ha dirigido al pueblo con fecha 3 de marzo. Ha llegado el momento, dice, de que todos los mexicanos se agrupen en torno del gobierno..., aun hay quien no vacila en hacer retrogradar a la república a la luctuosa era de las revueltas intestinas. Los Estados de Morelos, Chihuahua y Durango y los distritos limítrofes con este último de los Estados de Zacatecas y Coahuila son actualmente escenas de lamentable vandalismo... Los que se han alzado en armas son los ambiciosos y despechados, que no quisieron plegarse a la voluntad nacional cuando ésta rechazó la improvisada candidatura del licenciado Vázquez Gómez... Cuando una minoría ambiciosa no acata la ley y empuña las armas levantándose contra la voluntad nacional, es preciso reducirla al orden, igualmente por medio de las armas.

Invita luego Madero a los mexicanos para que se alisten en el glorioso ejército que persigue a los enemigos del orden y de la paz pública, y ofrece al pueblo libertad, instrucción, reparto de las tierras nacionales y establecimiento definitivo del principio de la No-reelección. Cuando termine el actual período constitucional, entregará el poder a su sucesor, legalmente electo; pero considera como una cobardía y como una traición al pueblo que en él ha depositado su confianza, despojarse de su investidura legal y entregar el mando supremo al que se lo reclame sin otros títulos que la ambición personal y bajo la presión de un movimiento anárquico. Si es preciso, sabrá morir en su puesto, cumpliendo con su deber.

Así habla el presidente de la República mexicana frente a los revolucionarios que le combaten y entre los cuales hay muchos que con él hicieron la revolución que derrotó a Porfirio Díaz.

La *Pan american Review*, revista escrita en inglés y español, que se publica en Nueva Orleans, consigna bajo el epígrafe de «Un fiasco de la Dólar Diplomacy» el fracaso del empréstito a Honduras y la esperanza de que fracase también el convenio entre los banqueros de Nueva York y el gobierno de Nicaragua.

El Senado de Washington ha acordado que se archive por tiempo indefinido el proyecto de empréstito a la República de Honduras, propuesto por la casa Morgan, del Wall Street. A ello han contribuido las protestas de muchos políticos centroamericanos, que también claman ahora contra el empréstito a Nicaragua. Son operaciones financieras muy peligrosas para la independencia económica y política de esas Repúblicas de la América Central, que precisamente ahora más que nunca sienten la necesidad de quedar fuera del radio de acción de los Estados Unidos y renuevan con mayor ahinco los esfuerzos que vienen haciendo para llegar a constituir la Unión Centroamericana.

En la reunión que tuvieron los periodistas de la América Central en San Salvador el día 5 de noviembre de 1911 acordaron ponerse al servicio de la causa unionista y fechar sus periódicos en esta forma: *República de Centroamérica, Estado de...* El mes anterior habían celebrado Congreso en la ciudad de Guatemala, y resolvieron dedicarse a trabajar pacíficamente por la regeneración y unión de Centroamérica.

A este Congreso centroamericano de periodistas dirigió el presidente de El Salvador, Sr. Araujo, expresiva carta de saludo de adhesión en la que propone que se reúnan, en un punto central del istmo, los cinco presidentes centroamericanos para ponerse de acuerdo respecto de la manera de constituir la Unión, y renunciar después el poder en la persona designada o elegida para presidir la Gran Patria Centroamericana.

La República del Panamá, aunque se halla en la América Central, está, sin duda, considerada como una dependencia de los Estados Unidos del Norte, y no cabe contar con ella para los efectos de crear la Gran República o los Estados Unidos del Centro.

Magistralmente ha estudiado el problema de la Unión centroamericana en relación con los progresos de esta parte del Nuevo Mundo el diplomático Sr. Planas Suárez en folleto que tuvo la bondad de dedicar al autor de estas *Revistas*. Advierte el ilustre

publicista americano que la tendencia histórica a realizar la unidad política de Centroamérica, constante y firme siempre, parece que ha entrado en nuestra época en un verdadero período de eficacia práctica. Los odios de bandería ya han sido dominados por el sentimiento alto y noble de la nacionalidad, y la tea incendiaria de la guerra civil quedará hundida para siempre en medio del ambiente de libertad y civilización que sopla poderosamente en aquella patria que nació grande y que aspira en común a realizar su misión en el concierto de los pueblos soberanos y cultos. En los obreros del pensamiento centroamericano se nota ya el movimiento intensivo que los empeña en llevar a cabo la obra cardinal de lo que ha de constituir en cortos años la mejor gloria del patriotismo: la reconstrucción de la República Centroamericana.

La soldadesca y el populacho ecuatorianos siguen matando generales. Otra víctima ha sido el general Julio Andrade asesinado en Quito.

Los últimos telegramas son contradictorios; unos hablan de motines y matanzas en varias poblaciones; otros dan por terminada la revolución. Agrava el malestar la epidemia de fiebre amarilla en Guayaquil y otros lugares de la provincia de Guayas.

También subsiste el estado revolucionario y anárquico en la República del Paraguay.

La inseguridad y el desconcierto políticos venían ya manifestándose en el año anterior. El 5 de julio de 1911 el coronel Albino Jara renunció la presidencia provisional. El Congreso designó para reemplazarle al presidente del Senado D. Liberato M. de Rojas hasta el 25 de noviembre. Pero antes, el 30 de septiembre, el mismo Congreso prorrogó por todo el término constitucional, o sea hasta 1914, el período provisional de Rojas. Contra éste se rebeló el Dr. Peña, apoyado por los colorados y se hizo dueño del poder.

No estará de más consignar que los políticos paraguayos se distribuyen en cuatro partidos que, por llamarse algo, se denominan liberales, radicales, republicanos y colorados. De los radicales parece que es jefe el Sr. Gondra, expresidente, que ahora combate contra Peña y después de duro combate se apodera de la capiral y se proclama presidente de la República.

Y no hay que hablar de la situación económica de este malaventurado país. Como escribe un diario argentino, la inestabilidad política impide el desarrollo de las fuentes de producción y ahuyenta a los capitalistas y a los inmigrantes, que en otras circunstancias acudirían a explotar las grandes riquezas naturales que contiene el territorio paraguayo.

En el próximo mes se cumplirá el 2.º aniversario de la fundación de la «Academia Argentina Correspondiente de la Española de la Lengua» que se constituyó en la ciudad de Buenos Aires el día 30 de mayo de 1910 bajo la presidencia de la infanta Isabel.

Entre los trabajos de la nueva Academia merece cita especial la proposición del insigne poeta argentino Dr. Rafael Obligado para que se prepare el vocabulario hispanoamericano, proposición informada favorablemente por los académicos doctores Ernesto Quesada y Estanislao S. Zeballos, que quieren ofrecer a la Academia de Madrid la facilidad de formar, con el trabajo de sus correspondientes, el tan necesario «Diccionario de Americanismos.»

En la razonada propuesta, el académico Sr. Obligado, después de recordar que la Academia de Madrid rechazó una colección de peruanismos, lo que provocó una «nota ingrata que aun obra en América» contra aquélla y contra España toda, aplaude el celo de la Academia y confiesa que si ésta no se reservara autoridad omnímoda para conceder o no el pase de las palabras y locuciones americanas a su diccionario, se apresuraría a concedérsela, sólo para preservar la eufonía de nuestra lengua de la algarabía de los no bien precisados americanismos.

Se ha lanzado también la idea de celebrar un Congreso del lenguaje castellano, Congreso convocado por el gobierno y la Academia españoles, con asistencia de todos los académicos correspondientes y cierto número de delegados de cada país de lengua española. Así todos los hombres que hablan castellano podrían ponerse de acuerdo para fijar los puntos dudosos de su idioma.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL HIJO DEL VERDUGO, POR JOSÉ PÉREZ HERVÁS, dibujo de Carreres



I

Anselmo era un mozo robusto, de bronceada tez, de cabellos castaños, de mirada tranquila y clara; pero su tez era bronceada cuando allí, solo, en la montaña trabajaba sus tierras; sus ojos eran tranquilos y claros cuando allí, libre del roce de la gente, cantaba siguiendo el surco del arado, y su robustez se mostraba vigorosa, allí, aireada por la brisa del mar que besaba los olivos y acariciaba los algarrubos.

Mas cuando, ya de noche, descendía al pueblo, cuando veía sobre sí las torvas miradas de sus vecinos, entonces su tez se ennegrecía, sus ojos se apagaban siniestramente y hasta parecía que sus espaldas se doblegaban bajo un peso descomunal. Y Anselmo no era perverso, ni tenía rencor contra nadie, ni era un misántropo... Sin embargo, jamás tuvo un amigo, ni se rozó con nadie, porque todos huían de él como de la muerte...

¿Qué culpa tenía él si su padre había sido verdugo? ¿Era esto ser criminal? Si su padre había matado a muchos infelices, no lo había hecho sino como brazo ejecutor de la justicia, y ésta había obrado en defensa de la sociedad. ¡La sociedad! Lo poco que Anselmo conocía de ella le parecía detestable; aquel villorrio, aquel pueblecillo vecino a R***, estaba formado por seres irracionales. ¿No eran irracionales los que se apartaban de él sin fundamento, los que le temían más que le odiaban? Anselmo se hubiera marchado ya del pueblo, pero allí tenía sus casitas, sus huertas, sus campos, su montaña. ¡Si a lo menos pudiese vender sus posesiones! Pero su padre las había comprado con dinero de sangre, y nadie se las habría pagado, ni se las habría recibido gratis...

La juventud lozana de Anselmo se consumía poco a poco; treinta años tenía ya y aunque hubiese deseado procurarse una compañera, crearse una familia, no se había atrevido a buscarla fuera del pueblo por no asociar a ninguna extraña al desprecio en que vivía; y del pueblo, no había que pensar; todas las mozas huían de él como de la peste. Su tipo hermoso, sus riquezas—porque sus posesiones, aunque pobres, le hacían rico en aquel pueblecillo,—todo quedaba reducido a la nada, cuando fijaba su pensamiento en alguna muchacha del pueblo, y cuando, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dirigía una frase tímida a alguna joven que encontraba. Sí; era guapo, rico, pero era también el hijo del verdugo.

— Es claro; ¿no ves que el hijo del verdugo mancha?

II

Un día, empero, el alma de Anselmo sintióse henchida de un aura de vida y esperanza. Era al atardecer; su montañita iba cambiando de color a medida que el sol moría. Anselmo contemplaba embesado el paisaje. Allá, a lo lejos, la ciudad recostada en altísimo collado, ceñida por el tardo y turbioso río; más acá una alfombra inmensa de verdura; luego una faja de plata tejida con las aguas de los canales; después más y más verdes tapices, adornados de flores blancas o néveas palomas, que eso parecían las casas de la huerta; y todo esto bañado por una luz suave, melancólica, indecisa: la luz del crepúsculo. Anselmo, a fuerza de no tratar con los hombres, había llegado a sentir más la Naturaleza, y trataba con ella silencioso, dando rienda suelta al goce interno que su alma obtenía de su contemplación.

De pronto oyó ruido tras sí. Volvióse y con una exclamación que no pudo contener dió a conocer su sorpresa. Allí a su lado estaba Rosa Ventura, joven guapísima de veintiséis años, a la que más de una vez había Anselmo, tímidamente y como huendo, dicho algunas palabras de amor, y a la que amaba en secreto.

— ¡Rosa!, exclamó el joven.

— ¿Te admiras de verme aquí, verdad?, dijo ella.

— Es claro; ¿no ves que el hijo del verdugo mancha?, repuso con amargura el joven.

Rosa le tomó cariñosamente una mano, y con voz trémula, ahogada por el llanto, pero animada por la pasión, contestó:

— Anselmo, tú no me puedes conocer el corazón. Hace muchos años que sufro tanto como tú, viendo la conducta de todo el pueblo para contigo; siento por ti no sé qué, y cuando alguna vez me has dicho alguna palabra, he sufrido más aun, viendo que no continuabas hablándome, que huías de mí... ¿No te acuerdas?.. Hace cerca de un año me dijiste serías feliz conmigo... ¡Anselmo!.., yo también seré feliz

contigo... ¿qué me importa a mí seas el hijo del verdugo?..

Anselmo apenas daba crédito a sus oídos y a sus ojos. Rosa Ventura, la mejor moza del pueblo, lloraba allí, casi en sus brazos; había venido, ella misma, a manifestarle lo que él, sintiéndolo también y siendo hombre, debía haberle dicho siempre con claridad, con constancia...

El hijo del verdugo sintió que el llanto le venía a los ojos.

— Bien, Rosa mía, repuso, yo te he amado hace tiempo con verdadera ternura, en silencio. Ahora probaré fortuna, veré si tus padres ceden por buenas... Si no, ¡Dios dirá!

— ¿Cuándo irás a pedirme?, preguntó la joven.

— Mañana mismo, contestó Anselmo.

III

Aquello era monstruoso. Los ancianos más ancianos no habían conocido otra inundación igual, tan rápida y tan alta: las casas más bajas de la huerta habían desaparecido bajo las aguas; a las más altas les llegaban ya al tejado. Los pobres huertanos pedían socorro; luces encendidas, banderas rojas, tiros, golpear de calderos, todo lo probaban para llevar hacia ellos los escasos botes de salvamento que circulaban por todo el valle inundado...

A la vista misma de los vecinos del pueblecillo pasaban mil angustias los pobres huertanos. Los del pueblo estaban tranquilos, con la pena, es cierto, que causaba el espectáculo, y el temor de una probable catástrofe de algún pariente o amigo; pero nadie se movía: las mujeres lloraban, los hombres estaban como el alma de Garibay... Y allí, a unos cincuenta metros, la casa de Vicente Ventura se veía casi cubierta de agua. El Sr. Vicente, su anciana esposa y sus tres hijos, montados en el caballete del tejado, veían a toda la gente del pueblo, la llamaban por sus nombres; nadie se movía. Y los infelices llevaban ya una porción de horas de angus-



El ensueño de un poeta, cuadro de Maximiliano Lenz que figura en la sección colectiva de la Secesión Vienesa de la Exposición de los Secesionistas de Munich

tia. El sol les daba de plano, el agua les cubría las piernas y, de un momento a otro, temían ser arrollados por la corriente que en aquella hondonada del valle se formaba. Rosa animaba a sus padres y a sus hermanos. «Sosteneos bien; ánimo; ya vendrán por nosotros.» La pobre joven tenía confianza en Anselmo, y sus ojos buscaban al hijo del verdugo, no entre la gente que impasible contemplaba su angustiada situación, sino entre los que nuevamente venían a aquella playa improvisada.

De repente dió un grito de alegría, pero pronto se le heló de espanto el corazón. Estando ella en peligro, temía aún más el peligro a que iba a exponerse el joven.

Éste no había olvidado a Rosa: le había prometido que iría el día siguiente a pedirla, y a pesar del río y los canales, había de cumplir su palabra. Y allí estaba; había construido una armadía pequeña y, cargada con ella y con unas cuerdas, se presentó en la playa. Todos le hicieron paso. «¡El hijo del verdugo!» murmuraron cien voces. Pero Anselmo había tomado una cuerda, la había sujetado a una casa, y haciéndola pasar por una anilla de hierro que llevaba la armadía, arrojó ésta al agua y saltó sobre ella empuñando un basto remo.

Un silencio sepulcral siguió a estos preparativos; mas cuando Anselmo, llegado al tejado del Sr. Ventura, tomó a la anciana y la puso sobre la armadía, un aplauso ensordecedor apagó por un momento la furia de las aguas. Reinó otra vez el silencio, y todos los corazones latieron con violencia hasta que vieron a la anciana en salvo, pisando tierra. Entonces el entusiasmo creció, y una voz desconocida gritó: «¡Viva Anselmo!» «¡Viva!» contestaron miles de voces. Cuatro veces más repitió el joven la misma operación y otras tantas, a los intervalos silenciosos de la expectación emocionante, sucedieron los vítores y aplausos del triunfo conseguido. La última vez, con Anselmo, venía el Sr. Ventura. Cuando pisaron tierra, ya salvados todos, y cuando el último viva de los espectadores se extinguía, el Sr. Ventura, levantando su débil voz, exclamó:

—¡Viva Anselmo, el hijo del Sr. Ventura!..

Por el momento, nadie respondió; pero cuando vieron del brazo a Rosa y Anselmo y lo comprendieron un ¡viva! tras otro resonó por todo el pueblo...

Y desde aquel día, fué hijo del Sr. Ventura el hijo del verdugo.

Entre los varios actos con este motivo realizados y a los que concurrieron con carácter oficial el señor Moret, el ministro de Gracia y Justicia Sr. Arias de Miranda y comisiones del Senado y del Congreso, los principales fueron la procesión cívica y la velada en el Gran Teatro.

La procesión cívica salió de las Casas Consistoriales, siendo presidida por el Sr. Moret, por el ministro de Gracia y Justicia, por las autoridades locales y por las comisiones parlamentarias y formando parte de ella corporaciones, sociedades, centros docentes, con sus estandartes, y numeroso público, en número total de más de ocho mil personas.

Al llegar la comitiva a la Plaza de la Constitución, en donde había representaciones de todos los cuerpos de la guarnición y estaban formadas las tropas que tributarón los honores, dióse lectura a varios artículos de la Constitución de 1812. Después un coro de cuatrocientas voces entonó un himno alusivo compuesto por el presbítero Sr. Gálvez. La procesión se encaminó luego al histórico templo de San Felipe, en donde se reunieron las memorables Cortes, reproduciéndose allí la lectura de los artículos de la Constitución.

Por la noche celebróse en el Gran Teatro una velada conmemorativa. Habló en primer lugar el alcalde D. Ramón Rivas, quien dirigió un expresivo saludo a los Sres. Moret y Arias de Miranda, en nombre de Cádiz. Leyéronse a continuación varias poesías de los señores Pro, Camuñer y La Hoz. Después de una salutación del vicepresidente del Congreso Sr. Aura Boronat, el Sr. Moret pronunció un discurso elocuentísimo ponderando su amor a Cádiz y su entusiasmo por la Constitución de 1812, haciendo la historia de España desde el siglo xvi, encomiando los trabajos de los pueblos español y americano relatando la invasión de los franceses en Andalucía, la estancia de la Junta Nacional en Sevilla y su refugio en la isla de León y la Convocatoria de las Cortes por Fernando VII, e invitando a la juventud a que lea y estudie la Constitución de 1812. Después de breves palabras del ministro de Gracia y Justicia, terminó la velada con el canto del himno de la Independencia.—T.



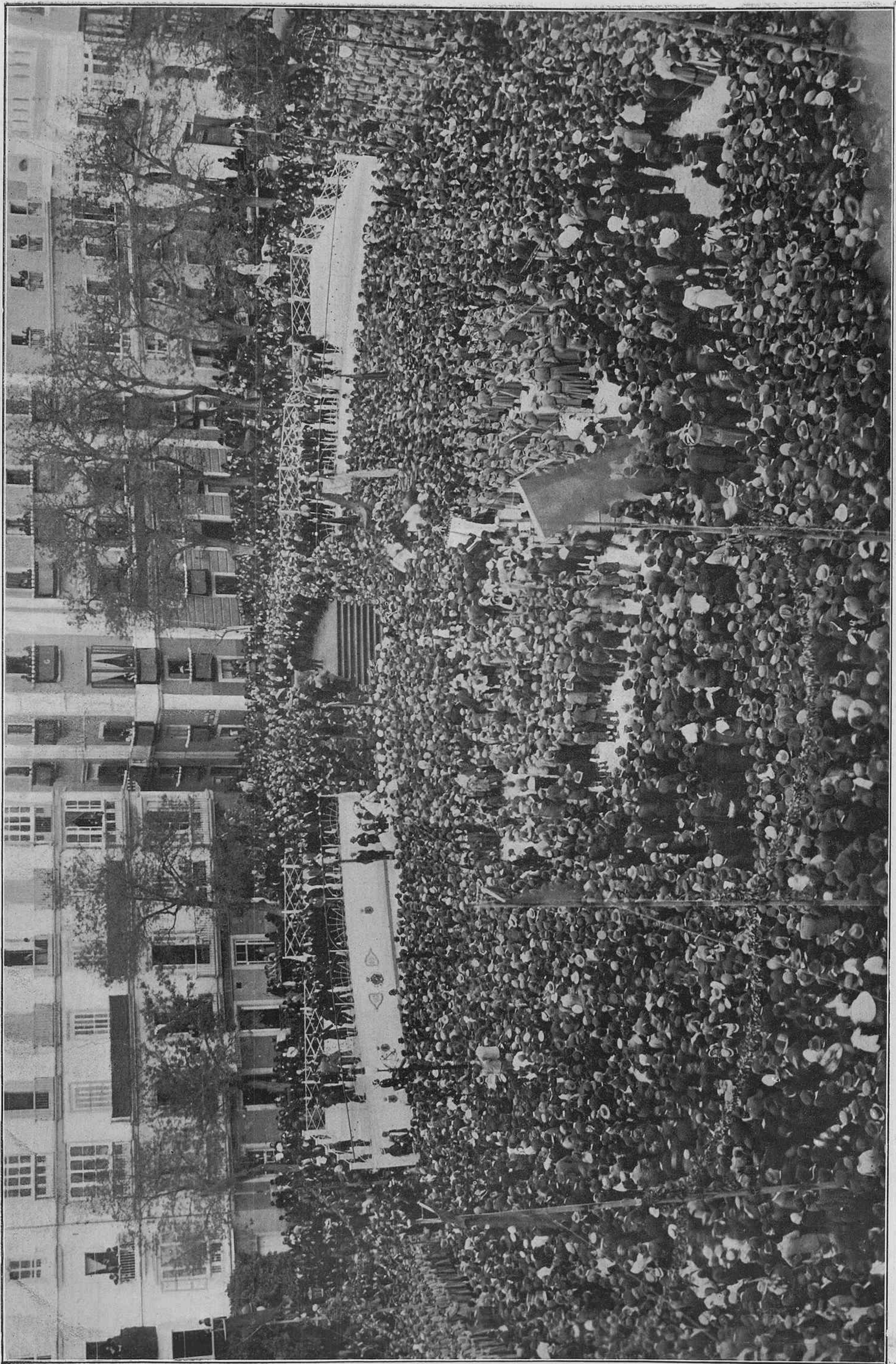
Dolores, cuadro de José M.ª Tamburini

CÁDIZ

EL CENTENARIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812

Con gran solemnidad y con patrióticos festejos se ha celebrado en Cádiz el centenario de la promulgación de la primera Constitución española.

CÁDIZ.—FIESTAS DEL CENTENARIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 1812. (Fotografía de «El Trébol,» de Cádiz.)



Aspecto de la Plaza de la Constitución durante la grandiosa procesion cívica en la que figuraron más de 8.000 personas

BARCELONA.—CONCURSO DE BOCETOS PARA EL MONUMENTO A JACINTO VERDAGUER. (Fotografías de A. Merletti.)



Bocetos números 26, 20, 16, 35, 5, 6. Lemas: Hesperies.—Dórich.—Pensant y trevallant se fan grans els pobles
Poesia y belleza sobre l'obra de Verdaguer.—Sol l'endemá pujaba a peu aquesta serra.—Atlántida

En la galería de San Jorge del palacio de la Diputación Provincial están actualmente expuestos los bocetos presentados en el concurso abierto para un monumento que a la memoria del excelso poeta Jacinto Verdaguer se ha de erigir en el cruce de la Granvía Diagonal y del Paseo de San Juan.

El resultado del concurso ha sido altamente satisfactorio no sólo por el número sino también por la calidad de los bocetos enviados. Son éstos treinta y nueve y ostentan los siguientes lemas: 1, *Al gran poeta*; 2, *Vora la mar de Lusitania un dia...*; 3, *Si ten seu lengo ten la clau*; 4, *Adeu, gran poeta*; 5, *Sol l'endemá pujaba a peu aquesta serra*; 6, *Atlántida*; 7, *La gratitud de ses obres*; 8, *Homenatge*; 9, *A nostre Homero*; 10, *Patria, Fides, Amor*; 11, *Barcelona oferint sos llovers al geni*; 12, *Ma patria entre dos murs*; 13, *Poesia*; 14, *Universo*; 15, *Mar blava*; 16, *Pensant y treballant se fan grans els pobles*;

17, *Fa mes patria l'Art que les armes*; 18, *Treballen, pagesos; canteu, poetas*; 19, *Fe-L. 2*; 20, *Dórich*; 21, *Excelsior*; 22, *X*; 23, *Gloria*; 24, *El Canigó no'l tirarán a terra*; 25, *P. P. A.*; 26, *Hesperies*; 27, *Fe, Patria, Amor*; 28, *Gloria a la Patria*; 29, *Catalunya, la filla major d'Hesperies*; 30, *Catalunya*; 31, *Al anteproyecto del monumento a Mosén Jacinto Verdaguer*; 32, *Colón*; 33, *Tot un raser de roures montanyesos*; 34, *Catalunya a Verdaguer*; 35, *Poesia y belleza sobre l'obra de Verdaguer*; 36, *Rima*; 37, *Memoria catalana*; 38, *La humil grandesa*; 39, *De gom a gom*. Sometidos estos bocetos a la apreciación del Jurado, no estimamos oportuno decir nada acerca de los mismos; lo que sí podemos afirmar es que entre ellos hay muchos muy notables, caracterizándose unos por su grandiosidad, otros por su belleza arquitectónica, varios por su severa sobriedad y algunos por su sentimiento poético.

La comisión erectora del monumento se hizo cargo oficialmente de los bocetos y procedió a la apertura de los pliegos en los cuales los concursantes incluían los nombres de tres artistas para formar parte del Jurado que ha de fallar el concurso, habiendo resultado con mayoría de votos D. José Llimona, D. Manuel Fuxá y D. Pedro Carbonell.

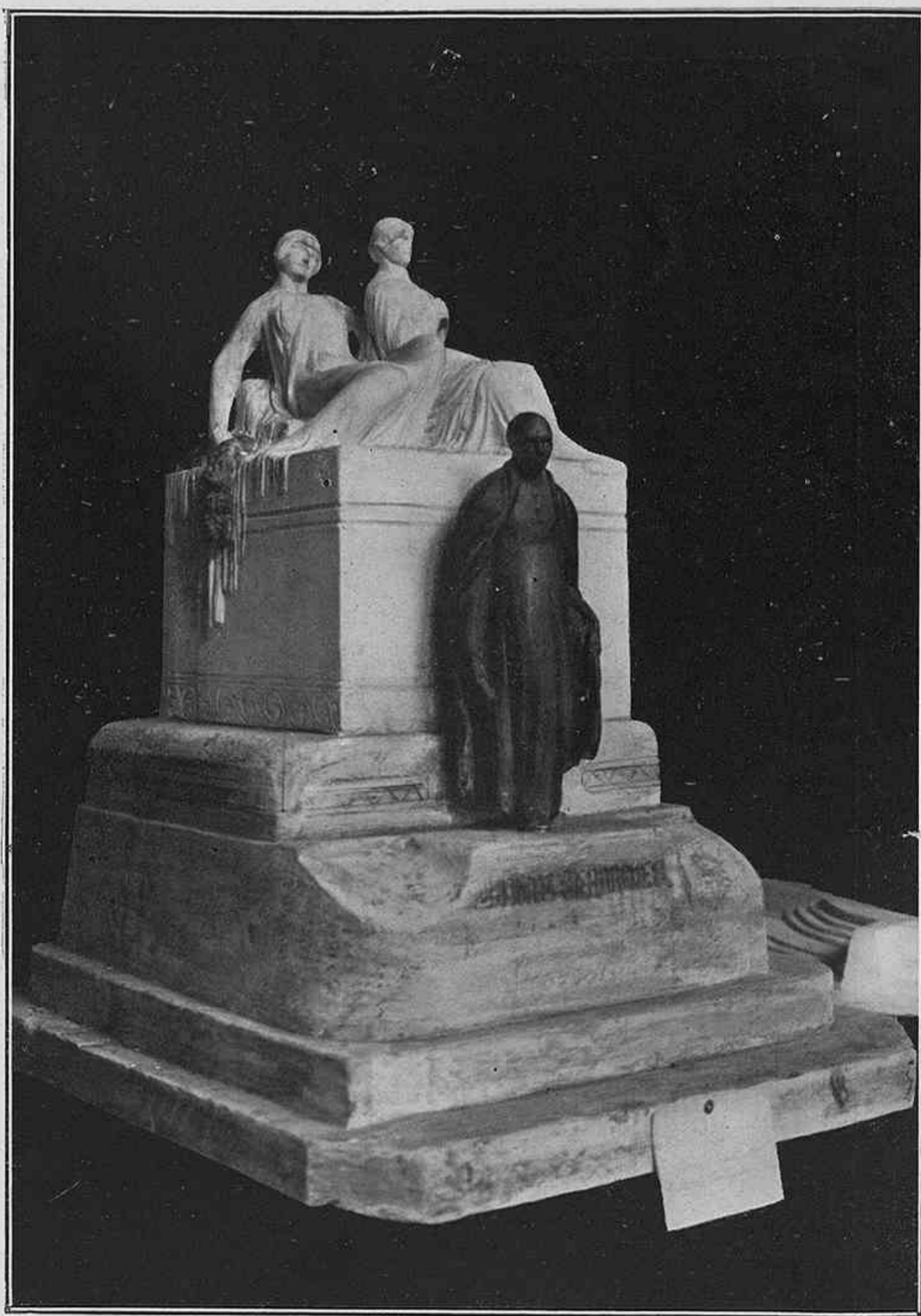
La comisión provincial ha designado como delegados suyos en el Jurado a los señores Bassegoda, Font y Gumá y Jonoy (D. José). Como representantes de la Diputación han sido nombrados los diputados señores Prat de la Riba, Cabot y Rovira y Valentí y Camp. De las condiciones de inteligencia e imparcialidad de los jurados es de esperar que será acertada y justa la elección del boceto que habrá de servir para el monumento definitivo y que éste será digno del inolvidable poeta y de la importancia de nuestra capital.



Bocetos números 34, 31, 29, 37, 36. Lemas: Catalunya a Verdaguer.—Al anteproyecto del monumento a mosén Jacinto Verdaguer
Catalunya, la filla major d'Hesperies.—Memoria catalana.—Rima



Boceto n.º 38. Lema: La humil grandesa



Boceto n.º 35. Lema: Poesía y belleza sobre l'obra de Verdaguer



Boceto n.º 19. Lema: Fe Z 2



Boceto n.º 2. Lema: Vora la mar de Lusitania un día...



LA PESCA, pastel de A. Mas y Fondevila

(Reproducción autorizada.)

BARCELONA.—SALÓN ROBIRA



LA SIEGA, pastel de A. Mas y Fondevila

(Reproducción autorizada.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS

Caravana escolar matritense. — Un numeroso grupo de estudiantes de la Universidad Central, alumnos del catedrático D. Odón de Buen, ha realizado durante la semana pasada una excursión científica a Mallorca para estudiar, bajo la dirección del citado profesor, la flora y la fauna de aquella isla.

De paso para Mallorca, esa caravana escolar ha permanecido dos días en Barcelona, a donde llegó en la noche del 28 de marzo último.

El primer día de su estancia en esta capital los estudiantes madrileños, acompañados siempre por su profesor, visitaron el Ayuntamiento, en donde fueron recibidos por el concejal señor Coll y obsequiados con libros de propaganda de la Sociedad de Atracción de Forasteros. Después de haber recorrido detenidamente las Casas Consistoriales, dirigieron al Parque y allí visitaron el Museo Martorell, la Colección Zoológica y el Laboratorio Ictiológico, escuchando las doctas explicaciones de los señores De Buen y Darder.

Desde el Parque se trasladaron al Círculo Madrileño, en donde fueron recibidos por la Junta Directiva en pleno. El presidente del Círculo pronunció un entusiasta discurso de

Banquete en honor de Ricardo Calvo. — Con objeto de celebrar la brillante campaña que durante seis meses ha hecho en el Teatro Romea de esta ciudad el actor Ricardo Calvo, organizó en honor de éste un banquete que se efectuó en el Restaurante Marifin y al que asistieron numerosos comensales, entre los que figuraban los principales autores dramáticos catalanes.

A la hora de los brindis, los señores Camprubí y de las Cuevas ofrecieron el banquete al Sr. Calvo, y pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Gener, Rusiñol, Burgada, Iglesias y Crehuet, encomiando sus méritos de actor y agradeciéndole el homenaje que ha tributado al Teatro Catalán representando traducciones de varias obras de nuestros dramaturgos.

El Sr. Calvo agradeció en sentidas frases el obsequio que se le dedicaba y los elogios que se le habían dirigido, y tuvo palabras de entusiasmo para el Teatro Catalán, de cuya vitalidad, dijo,

y Vidal con un sentido discurso agradeciendo el agasajo, dedicando frases de gratitud al Sr. Bignotti y a su maestro señor Cursó, enalteciendo a los artistas catalanes, tributando un recuerdo a la memoria del maestro García Robles y expresando su entusiasmo por el arte musical. El discurso del señor Ferrer y Vidal fué acogido con entusiastas aplausos.

EL GENERAL PORFIRIO DÍAZ EN MADRID

Desde hace algunos días se encuentra en Madrid el expresidente de la República de México, el ilustre general don



Barcelona.—Los estudiantes matritenses con su profesor D. Odón de Buen en el Círculo Madrileño. (De fotografía de A. Merletti.)

bienvenida, lleno de conceptos patrióticos y al que contestó el Sr. De Buen con inspiradas y elocuentes frases. Luego fueron obsequiados con un lunch y despedidos por la Junta Directiva y numerosos socios entre calurosos vivas a España, Madrid y Barcelona.

Después visitaron la Universidad. Por la tarde, invitados por la empresa, asistieron a la corrida de toros que se dió en la plaza nueva, y por la noche a la función de gala organizada en su honor en el Teatro Principal por la Asociación General de Estudiantes de Barcelona, función en la que se representó *La dama de las camelias*, una de las mejores creaciones de la señora Xirgu. En uno de los entreactos, los estudiantes madrileños fueron a saludar a la famosa actriz, quien les manifestó que pensaba dedicarse por completo al teatro castellano y que, de regreso de la *tournee* que próximamente emprenderá a América, permanecerá una larga temporada en Madrid.

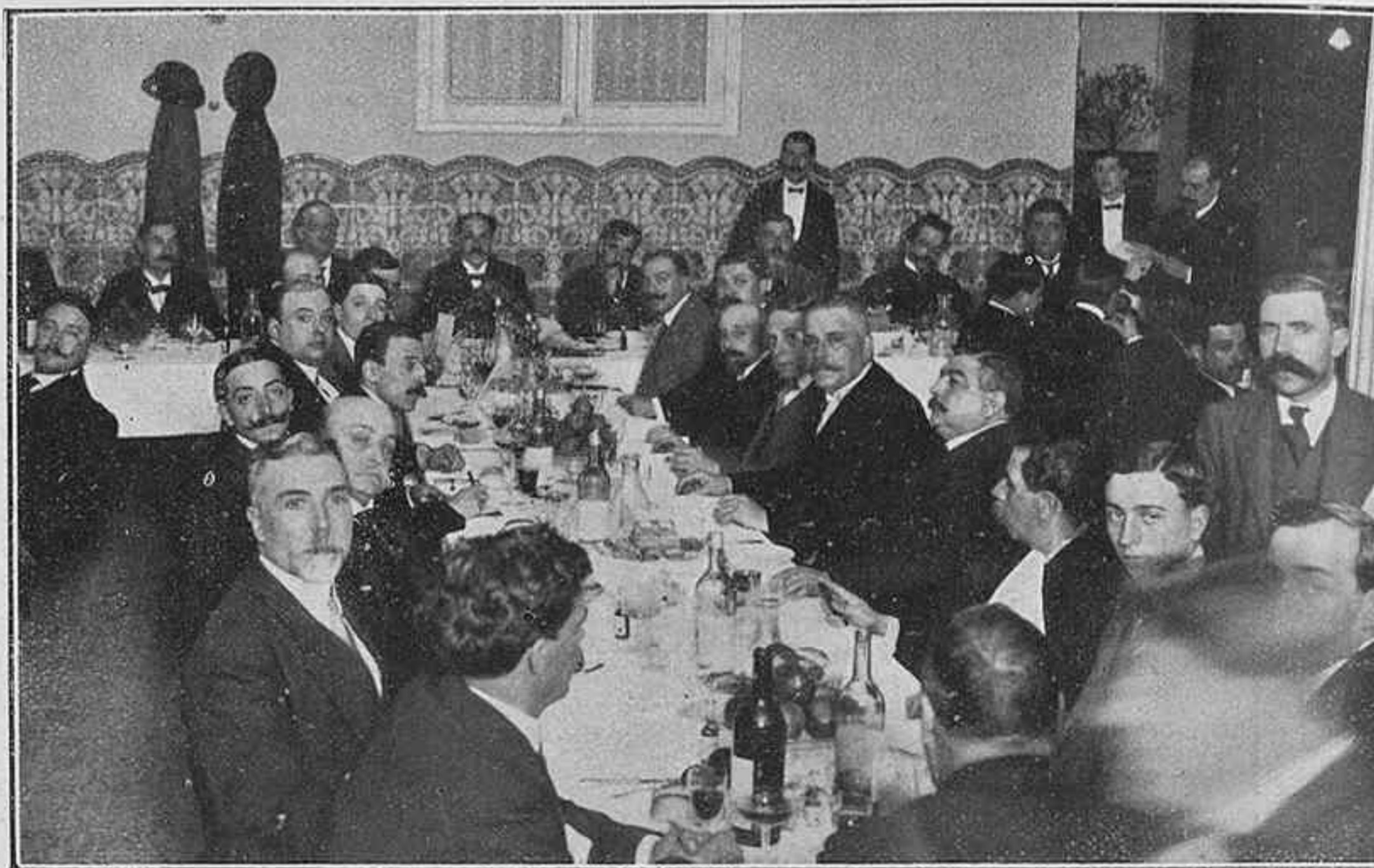
Al día siguiente visitaron los grandes almacenes de «El Siglo» cuyo propietario Sr. Conde los obsequió con dulces y champán, y el Parque Güell, dirigiéndose luego al Tibidabo, en donde se efectuó el banquete que les dedicó la Asocia-

composiciones, que le valieron ovaciones entusiastas.

Banquete en honor del Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal. — Hace poco dióse en el teatro de Novedades una audición íntima y en forma de concierto de una ópera en tres actos, *Grisette*, original del Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal, una de las personalidades más conocidas de la alta sociedad barcelonesa. Era grande la expectación del selecto público allí congregado, pues se trataba de la primera obra líricodramática de quien no era conocido como compositor, aunque desde su juventud se distinguiera por sus aficiones musicales. Y justo es decir que la expectación no resultó defraudada y que la ópera del Sr. Ferrer obtuvo no un *suécès d'estime*, sino un verdadero éxito.

La música de *Grisette* revela ante todo una inspiración espontánea, es eminentemente melódica y expresa admirablemente los sentimientos de los personajes que en la acción intervienen, sin que falten en ella trozos de gran colorido ni páginas de intereso viger dramático.

El público y la crítica han acogido con gran aplauso y con



Barcelona.—Banquete en honor de D. José Ferrer y Vidal para celebrar el éxito obtenido en la audición íntima de su ópera «Grisette.» (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

no podía dudar nadie que conociese *Mar y cel*, de Guimerá; *El Mistich*, de Rusiñol; *Els Vells*, de Iglesias, y *La Meria*, de Crehuet.

Terminó la fiesta recitando admirablemente el Sr. Calvo, entre las vivas instancias de los concurrentes, algunas

Porfirio Díaz, acompañado de su distinguida esposa. A su llegada, fué recibido en la estación por varias autoridades de la corte, el personal de la legación mexicana, una numerosa comisión de la Unión Ibero Americana, una nutrida y selecta



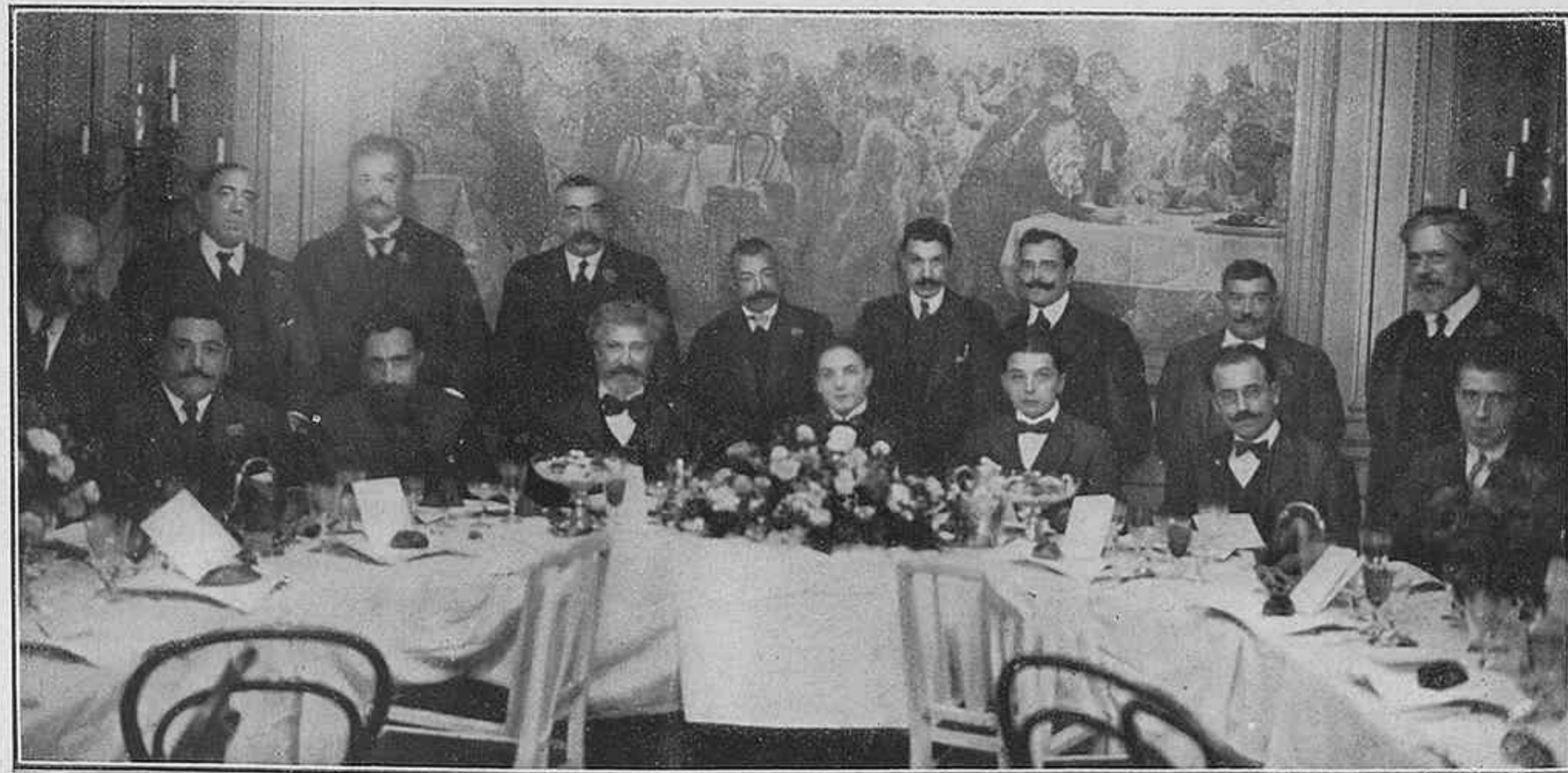
Madrid.—El expresidente de la República de México general Porfirio Díaz y su esposa saliendo del palacio real después de ofrecer sus respetos a los reyes. (Fot. de Ajenjo y Salazar.)

representación de las colonias sudamericanas y otras muchas personalidades distinguidas. Al descender del tren, el general fué expresivamente saludado por todos, correspondiendo él a tales muestras de afecto con frases de cariño para España.

Al día siguiente, el expresidente y su esposa fueron a palacio a saludar a S. M. el rey D. Alfonso XIII, en cuya compañía permanecieron más de media hora, pasando luego a ofrecer sus respetos a las reinas Doña Victoria y Doña María Cristina.

El día 3 celebróse en palacio un almuerzo en honor del general, sentándose éste al lado de la reina Doña Victoria y su esposa a la derecha de D. Alfonso XIII. Terminado el banquete, que se sirvió en el comedor rojo y al que asistieron diez y siete comensales, entre ellos los marqueses de Polavieja; los ilustres invitados, acompañados de los reyes, visitaron el regio alcázar, la Armería y las caballerizas reales.

Varios periodistas preguntaron al expresidente si era cierto, como se decía, que pensaba fijar su residencia en España, a lo que aquél contestó que probablemente sí, aunque nada había decidido todavía sobre esto. Y habiendo los periodistas insistido para saber qué punto de España escogería, en caso de quedarse aquí, manifestó ser muy posible que fuese Barcelona,



Barcelona.—Banquete celebrado en honor del notable actor D. Ricardo Calvo (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

ción General de Estudiantes de Barcelona y en el que brindaron los profesores De Buen, Forn y Fussed y dos estudiantes, uno de esta capital y otro de Madrid.

Terminada la comida y después de admirar el espléndido panorama que desde la cúspide del Tibidabo se descubre, regresaron a Barcelona y se embarcaron en el vapor correo *Bellver* que había de conducirlos a Palma, siendo despedidos en el muelle por gran número de estudiantes y de profesores de la facultad de Ciencias Naturales de esta Universidad y por el general Weyler. Al partir el barco diéronse entusiastas vivas.

justos elogios la ópera del Sr. Ferrer, y para celebrar el excelente efecto por la misma producido, varios músicos y amigos particulares del autor organizaron en honor de éste un banquete al que asistieron más de sesenta comensales, figurando entre éstos músicos, literatos, periodistas, industriales y representaciones de entidades musicales.

Ocupó la presidencia el obsequiado, quien tenía a su derecha al autor del libro de *Grisette*, Sr. Bignotti, y a su izquierda a los maestros Cursó y Morera. Al descorcharse el champagne, el Sr. Vesta, en representación del «Orfeo Barcelonés», pronunció un elocuente brindis, al que contestó el Sr. Ferrer

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... mientras su madre contemplaba a su hijosin dejar de mover entre sus dedos las agujas de su eterna calceta

¡Vaya si soportaba con gusto el bullicio de París! Todo lo habría soportado con tal de tenerle cerca, de verle a la hora de comer y de poder prepararle los platos que le gustaban y disponerle la cama para cuando volvía rendido de tanto trabajo. Y aunque se pasaba el día declamando con Rosalía contra París, en donde la gente vivía en habitaciones del tamaño de pañuelos de bolsillo, y todo esto costaba tres veces más que en el Jura y se hacía manteca sin leche y vino sin uvas, era la mujer más feliz, porque era la madre más dichosa del mundo.

Rosalía le hacía coro admirablemente. Hija también del Jura, fuerte como un caballo, del que tenía un poco la cabeza prolongada, sensible hasta el punto de llorar a moco tendido viendo sufrir a un animal cualquiera, había entrado al servicio de la casa cuando «el señor», es decir el padre de Claudio se casó; había asistido a «la señora» cuando dió a luz a Claudio y enterrado a su amo, y era, por decirlo así, un mueble de cantos rudos, efecto de la edad, pero sólido y en el que podía uno apoyarse. Quería a su ama, casi de su misma edad, pero adoraba al señorito Claudio, a quien había tuteado hasta los diez o doce años y que seguía tuteándola a ella.

Y naturalmente, cuando después de la muerte del «señor» Claudio y su madre se trasladaron a París, ni siquiera la consultaron si quería acompañarlos; la casa, sin Rosalía, habríase venido abajo.

Aquella noche Rosalía no daba paz a la lengua mientras ponía la mesa.

—También hoy viene tarde el señorito.

—Ya sabes que ahora está muy ocupado.

—¡Ocupado! Pero no hay que tomar las cosas tan a pecho. Cuando veo que no se está con nosotras ni una hora, que se toma su café de prisa y corriendo

y que luego se enreda con sus libros, me da un coraje...

—Prepara su último examen de doctorado.

—¿Acaso no sabe diez veces más de lo que se necesita para ser doctor? ¿Por qué, pues, matarse así?

—Es que su doctorado no es más que el comienzo... Después vendrán los concursos, las oposiciones y qué sé yo qué más, esto sin contar el trabajo del hospital.

—¡Dichoso hospital! Cada día está un rato más en él. Ayer, a las siete estaba aquí; hoy son las siete y media y el asado se seca en el horno. ¡Estará apetitoso!

El ruido de una llave puso fin a las lamentaciones de Rosalía.

—¡Ya está aquí! Menos mal.

En el mismo instante entraba Claudio.

—¡Oh, mamá! ¿Aun no estás en la mesa y son cerca de las ocho? Te había prohibido que me esperaras... Eres insoportable.

Y mientras la reñía la abrazaba y cubría de besos.

—Ya sabes que no tengo gana estando sola.

—¿Quieres, pues, que me atormente cuando me retraso? ¿Quieres que por tu causa me angustie?

—¡Oh, no, Claudio mío!

—Pues entonces has de ser razonable y decirte que si no estoy aquí es que tengo que hacer y que puedo tardar mucho... Por consiguiente, a las siete en punto la sopa en la mesa. ¿Lo oyes Rosalía?

Ésta, que traía la sopa, limitóse a contestar.

—Y cuando haya usted pillado una buena enfermedad de estómago, esto le enseñará lo que, con ser tan sabio, ignora todavía: que las personas son como los animales y han de comer a horas fijas. La sopa se ha ahumado; se cansa una de guisar bien para esto.

—No digas mal de ese sabor determinado por un producto de la carbonización, la creosota.

—¡Valiente droga está esa creosota!

—Contiene las fermentaciones mal sanas y la gente no sabe aún los servicios que podría prestar en Medicina.

En el entretanto se habían sentado a la mesa.

—¿Tenías mucho que hacer en el hospital?, preguntó la señora de Lecoutellier.

—Como siempre.

—¿Pues entonces?..

—¿Por qué me he retrasado? Porque he tenido que ir a la calle de Taitbout, a ver a un banquero. Y viendo el gesto de asombro y aun de vaga inquietud de su madre, añadió:

—No por asuntos nuestros sino de aquella señora de quien te he hablado varias veces.

—¿Esa pobre desgraciada a quien comenzaste a curar llevándole su hija?

—Y que mejora de día en día... Sí, por ella he ido... Ahora conozco su historia.

—No debe de ser muy alegre, ¡pobre criatura!

—Más triste de lo que puedas imaginarte. Escucha; y tú también, Rosalía, puedes escuchar, tú que tan aficionada eres a las historias que hacen deiramar lágrimas.

Y con voz profundamente emocionada les refirió las aventuras de Manuela Casteras.

Rosalía lloraba a moco tendido y la señora de Lecoutellier tenía asimismo los ojos llenos de lágrimas. Claudio terminó su relato con estas palabras:

—He aquí, mamá, en qué situación tan afigida se encuentra esa desdichada. Me ha dicho la verdad, estoy convencido de ello, como si hubiese asistido yo a su casamiento en aquella iglesia hoy saqueada

y entre aquellas personas actualmente muertas. Ahora bien, no sólo nunca podrá presentar la prueba de aquel matrimonio, del que no queda el menor rastro, sino que, aun en el caso de que por milagro la encontrase, no la admitirían esos Aspremont que la han arrojado de su palacio como a una intrigante y que tienen mil medios de hacer que los tribunales declarasen sus pretensiones destituidas de todo fundamento.

—Y sin embargo, replicó su madre, ese Sr. de Aspremont es el abuelo de esa pobre niña.

—¿No tiene nada en el corazón ese viejo?, exclamó enérgicamente Rosalía.

—El que, según parece, manda en el palacio de Aspremont, dijo Claudio, el que recibió a esa dama que había tenido la candidez de dirigirse a él, es el sobrino del Sr. de Aspremont y hoy su heredero.

—¡Ah! Si hay de por medio el interés de ese hombre, la desgraciada está perdida.

—Y una vez más el abominable dinero habrá consumado su obra desmoralizadora y corruptora.

Y volviendo a una teoría que le era familiar, porque resumía una de sus convicciones más profundas, añadió Claudio:

—El dinero no conquistado por el trabajo, el que acude en auxilio de la ociosidad y de todos los vicios que de ésta se derivan, el que, una vez acumulado, se convierte en funesto imán para atraer más, matará la lealtad, la energía, el valor, todo; por él morirá envenenada nuestra sociedad. Ved la aventura de esa mujer su marido moribundo le encarga que vaya a ver a su primo, a quien él ha prevenido y que lo sabe todo; pues bien, si esta afirmación suprema es una verdad, y todas las probabilidades son de que lo es, si, en efecto, el Sr. de Lorgerac lo sabía todo..., ya tenemos al dinero haciendo su obra. Para no restituirlo a la que, por su hija, sería su legítima propietaria, ese hombre, sin duda honrado hasta ahora, se convierte en un malhechor y comete fríamente lo que puedo con todo derecho calificar de robo.

—¡Claudio! Esto no lo sabes de cierto.

—Es que si de cierto lo supiera, proclamaría en público lo que digo aquí en la intimidad.

—Y con ello, dijo Rosalía ya inquieta, se atraería usted disgustos por gentes que nada le importan... ¡Ah, no! No será usted tan loco.

—Y además, lo confieso, no valdría la pena. El dinero que llega en cantidad enorme, únicamente para trastornar, para desequilibrar... ¡Ah, no! No es ésta la pérdida que lamentó para esa dama... No, no la compadezco por haber perdido su fortuna, sino por haber sido rechazada por una familia que es la suya, por no poder transmitir a su hija un nombre de su padre, por haber perdido el hogar que habría sido la protección, el abrigo de esa niña. ¡Oh, sí! La compadezco de todo corazón porque llora su felicidad destruida, a su esposo muerto, a su padre inexorable. Pero ¿por ser pobre? ¡Qué importa! No está en la miseria; no ha de temer para sí ni para su hija el frío ni el hambre... Pues bien, conocerá los ásperos goces del deber cotidiano, aprenderá las energías y los esfuerzos, y su alma se elevará al contacto del trabajo.

—Para esto es menester poder y saber trabajar.

—Ha recibido una instrucción superior; habla el francés y el inglés tan bien como el castellano, su idioma natal..., y es preciso, mamá, que entre los dos le encontremos el medio de utilizar esos conocimientos.

—¡Nosotros!

—Sí, por algo te he hablado tan largamente de la señora Casteras. Ya verás: la señora de Richault-Darbón...

—¡Ah, sí! La pariente de la señora, interrumpió Rosalía.

—Un parentesco, dijo Claudio riendo, que se estrecha tan cordialmente desde que la gente habla un poco de mí.

—¿Crees que en su pensionado?

—Tal vez estaría satisfecha de tener, por poco dinero, una profesora joven que enseñase dos idiomas y capaz seguramente de prestar otros buenos servicios.

—Pero..., ¿quién respondería de ella?

—Presentándola tú...

—Si no la conozco ni sé de ella más que lo que tú me has contado...

—Precisamente por esto no quisiera que fueses desde luego a Neuilly, a casa de la señora Richault-Darbón, sino que primero...

—¡Ah, tunante! ¡Quieras llevarme al hospital!

—Ya que la pobre señora no puede venir a verte...

—Y como a la cabecera de una enferma se trababa pronto conocimiento con ella...

—Sí, mamá, muy pronto y muy a fondo.

—¿Te gustaría que fuese?

—Sí, mucho.

—Pues iré cuando quieras.

—Mañana por la mañana. Irás después de la visita y preguntará por mí.

—Y tú me llevarás a su lado.

—¡Qué buena eres! Además estoy seguro de que te agradecerá tanto como a mí contribuir a mi obra de salvamento.

—Sí, mi buen Claudio, me siento dichosa al ver que eres tan bueno con los que están abrumados...

—Por el abominable dinero ¿no es esto?

—¡No, no es esto! El dinero no es tan abominable como supones; la cuestión es emplearlo bien. Estoy segura de que, por muchos millones que tuvieras, tu corazón no cambiaría.

—¡Quién sabe! Pero como, gracias a Dios, esta tentación no se presentará nunca...

—¡Tanto peor!, exclamó Rosalía.

—Bueno. Y ahora dejad que me ocupe en lo que nos hará ganar el pan de cada día..., el pan con un poco de manteca, añadió riendo.

Y sobre la mesa que Rosalía acababa de levantar y en la que la luz de la lámpara formaba un círculo de intensa claridad, Claudio instaló sus libros y sus cuadernos, mientras su madre, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón contemplaba a su hijo sin dejar de mover entre sus dedos las agujas de su eterna calceta.

XII. — UN SALVAMENTO

—Y bien, mamá, ¿qué te parece?

—Es encantadora, pobre mujer... Y tan linda con su gorrita blanca y tan enternecedora con esa niña que parece darle la vida en cuanto la ve...

—Y tan resignada y tan animosa desde que le has llevado ese otro bálsamo supremo: la esperanza.

Así hablaban al día siguiente Claudio y su madre. La proyectada visita se había efectuado y la señora Lecoutellier, con su bondad había cautivado en seguida a aquel pajarillo extranjero acurrucado en aquella cama de hierro que parecía una jaula. Y después a la cabecera de la enferma, se había charlado primero de la niña, medio seguro de vencer todas las timideces de la madre, y luego se había abordado la cuestión palpitante.

—¿Por qué no ha de probar usted de enseñar sus idiomas que tan bien habla?

Manuela, al pronto asustada ante la idea de enseñar a los demás lo que tan bien sabía, no tardó en aceptar con ardiente gratitud los ofrecimientos que le hacía aquella amiga inesperada, que le decía:

—Ahora que la conozco a usted y que me ha contado usted una porción de cosas en que los hombres nada entienden, voy a trabajar por usted y no le digo adiós sino hasta la vista.

Y en cuanto salió del hospital, la buena señora había ido a Neuilly, a la institución Richault-Darbón, uno de los mejores pensionados de aquel tiempo y que aun sigue reputada entre las primeras casas de educación para señoritas.

La señora de Richault-Darbón, distinguida alumna de la Legión de Honor, casada, desde muy joven con el desgraciado coronel Richault-Darbón, trágicamente muerto en Africa, señora muy inteligente y con muy buenas relaciones, había fundado aquella casa con capitales de personas amigas, que se los habían más bien dado que prestado. En pocos años la institución había tomado un vuelo increíble; había sido preciso comprar más terrenos y construir nuevos anexos, y en el momento en que empieza nuestro relato la casa se hallaba en pleno florecimiento. Había en ella más de doscientas educandas, todas de la mejor sociedad parisiense, que pagaban una pensión muy crecida; pero que eran admirablemente vigiladas y oídas y que salían de allí con instrucción y educación perfectas.

La señora de Richault-Darbón era del Jura y algo pariente de los Lecoutellier. Cuando la madre de Claudio se estableció en París, fué a visitar a aquella prima, la cual le devolvió la visita, principalmente para apreciar *de visu* lo que había sido de aquella familia después de la muerte de su jefe. Y habiendo advertido que en el pabelloncito de la calle de la Torre reinaba, aunque modesto, un grato bienestar, habíase dicho que podía tenerse cierto trato con aquella gente.

Mas al conocer los ruidosos triunfos de Claudio, al oír lo que todo el mundo opinaba de su brillante porvenir, el sentimiento de la familia se había despertado en ella con toda su intensidad y ahora trataba a aquellos parientes con una cordialidad y una solicitud que hacían reír a la señora de Lecoutellier, pero que también le hacían decir diplomáticamente:

—Es una mujer lista e intrigante, y aunque si ha-

bla bien de ti es porque le conviene; ni ella ni tú perdéis nada con esto y por consiguiente sería yo muy necia si no fuese a verla de cuando en cuando.

Y en realidad la visitaba muy a menudo. Así es que aquel día fué, como de costumbre, recibida con los brazos abiertos.

—¡Qué buena idea haber venido a verme! ¿Y Claudio, siempre trabajando? ¡Ah, madre feliz! Ya sé que acaba de publicar un nuevo estudio sobre «los infinitamente pequeños del organismo», que ha hecho una revolución. En la Academia de Medicina no se habla de otra cosa. ¿Y él, mientras, qué hace?

—Ocuparse de usted.

—¿De mí? ¡Qué amable! Explíqueme usted...

—He aquí el encargo suyo que traigo para usted. Hállase actualmente en París una señora de Casteras, joven, recién llegada y cuyo esposo murió hace poco de repente. Esa dama por quien nos interesamos y que, bajo todos conceptos, merece nuestro interés, posee un capitalito modesto pero que en rigor le permitiría vivir y educar a la hija que recientemente ha dado a luz. Pero, y este es el objeto de mi visita, pero como la señora de Casteras ha recibido en su país, en México, una instrucción de primer orden, habla el francés y el inglés como el castellano, es tan distinguida física como intelectualmente y su educación es tan perfecta como vasta su instrucción; y como por añadidura por poco dinero, puesto que, teniendo con qué vivir, sólo buscaría en ello un suplemento, podría usted tener en ella una profesora de lenguas vivas sin par...

—¿Y es Claudio quien envía a usted?

—Sí, y dice que si se entendiese usted con la señora Casteras más ganaría usted que ella.

—La opinión de Claudio no es de las que pueden despreciarse. ¿Y afirma que esa señora es realmente muy distinguida?

—Bajo todos conceptos.

—Pues bien, que venga a verme y tal vez nos entenderemos. Precisamente necesito un profesor de inglés, porque muchas familias me piden la enseñanza de este idioma. ¿Cuándo me la traerá usted?

—Todavía está convaleciente y Claudio cree que aun tardará quince días en reponerse del todo.

—Está bien, dentro de quince días.

Cuando madre e hijo se reunieron aquella noche en el comedor de su casa, la señora de Lecoutellier dijo a Claudio:

—Has tenido una buena idea. La señora de Richault-Darbón quiere ver a tu protegida, y si la toma, bien podrás decir que es para darte gusto; cuando habla de su primo que tiene en revolución a la Academia de Medicina, parece como si estuviera contigo debajo de un dosel... Hemos quedado en que le llevaría a esa señora dentro de quince días.

—Sí, creo que entonces estará enteramente bien.

—De modo que saldrá del hospital mucho antes.

—Dentro de ocho días seguramente.

—¿Y dónde irá entonces?

Claudio quedó sorprendido; no había pensado en ello.

—Supongo, siguió diciendo su madre, que no querrás que vuelva a la calle del Escaldado.

—¡Oh, no!

—Ni al hotel.

—Tampoco. El hotel cuesta caro y sus recursos actuales no le permiten... Además es conveniente que la persona que vas a presentar a la señora de Richault-Darbón tenga un domicilio propio, por modesto que sea.

—Es verdad, y le hablaré de ello.

—Y aun sería obra de caridad buscárselo, porque la pobre mujer no conoce París.

—Para empezar, debiera tomar un cuarto amueblado; teniendo la niña en casa de la nodriza le bastaría una habitación.

—¿Y tendría que comer en el restaurán?

—¡Qué remedio le quedaría!

—Pero es que esto cuesta también demasiado caro para los verdaderamente pobres. Veinticinco francos de habitación y setenta y cinco de comida... y no pongo mucho..., y ya tienes que es más de lo que puede gastar esa señora sin tocar el capital.

—¿Y sus honorarios en el pensionado?

—Estos no los tiene todavía. Falta saber si...

—Pues no acabas de decirme...

—Nuestra prima me ha dicho que se la lleve, pero no se ha comprometido a tomarla. ¿Sabes lo que le convendría a esa pobre mujer? Una vivienda con dos habitaciones que no le costase más de quince francos al mes y que podría amueblar por quinientos francos. Así no dirían que está en una casa de huéspedes, lo que siempre produce mal efecto... Después, y esto es lo difícil, sería menester buscarle en una familia una pensión barata, ¿qué te parece?

—Sí, dos habitaciones...

—Como, por ejemplo, el cuarto y el gabinete del piso bajo.

—Que servían de invernadero al inquilino que ocupaba antes que nosotros este pabellón.

—Y que a nosotros de nada nos sirven...

Madre e hijo se miraron sonriendo; a los dos se les había ocurrido la misma idea.

En el hospital, adonde no tardó la señora de Lecoutellier en llevar la buena nueva, sus explicaciones causaron gran consuelo, casi alegría. ¡Se necesita tan poco para confortar un pobre corazón de mujer que hacía poco se revolvió en un callejón sin salida!

—Quedamos, pues, conformes, decía la señora de Lecoutellier a Manuela; en cuanto esté usted bien, que será pronto, se vendrá usted conmigo a Neuilly.

—¿Y cree usted, señora, espera usted?..

—Estoy segura de que la señora de Richault-Darbón la encontrará a usted encantadora y así que hablé con usted, la juzgará superior a todo lo que de usted le he dicho y de que saldrá usted de su casa con una colocación honrosa y segura.

—¡Ah, señora! ¡Cómo podrá pagar!..

—Hija mía, permítame que le dé este nombre que de una anciana como yo puede usted aceptar; en otra ocasión, cuando tengamos tiempo que perder, hablaremos de agradecimiento. Ahora vamos a lo que urge. Cuando salga usted de aquí ¿dónde irá?

Y habiéndole Manuela contestado lo que ya suponía, añadió:

—¿No lo sabe usted? Pues yo creo haber encontrado lo que le conviene. Como no conoce usted París, sería difícil explicarle... Pero tenga confianza en mí. ¿Quiere usted?

—Confío en usted y en su hijo como en la providencia de Dios que ha puesto a ustedes en mi camino de desolación.

—Todos los caminos acaban por allanarse, hija mía, del mismo modo que acaban por mitigarse las penas más crueles. Pero ya que confía usted en mí, ¿me confiará usted su bolsa? ¡Oh, no la grande!, añadió como espantada. No la que procede de casa del banquero en forma de obligaciones de ferrocarriles y de la que sólo hay que tocar los intereses... Me refiero a la otra.

—¿La bolsa de la que he ido sacando desde que salí de mi país?

—Pero en la que queda aún bastante.

—Sí, señora, un millar de francos.

—Pues bien, hija mía, se trata de ponerle a usted casa... Pero no tema que despilfarre... Sin embargo, advierto a usted que necesito una cantidad... algo considerable, tal vez quinientos francos, para instalarla a usted bien.

—Todo lo que usted quiera y estime necesario; y si le hace falta más...

—Ya sé que a una profesora de uno de los mejores colegios de París no se la puede alojar como a una persona cualquiera; pero me parece que quinientos francos bien empleados darán hasta para un armario de espejo.

—¿Y para qué un armario de espejo?

—Sí, sí, a una mujer joven y bonita le corresponde este mueble y lo tendremos. Y ahora, hija mía, hasta la vista; póngase buena para salir dentro de ocho días, porque ya entonces estará dispuesto su piso.

—Un piso!

—¡Oh! No vaya usted a figurarse una serie de salones como en Versailles; pero sí un par de piezas y esto ya es algo... Ea, hasta la vista.

Y con su franca sonrisa añadió:

—¿Quiere usted que la bese, hija mía?

—¡Ah, señora! Es un favor que no me atrevía a pedir.

—¿Un favor?, replicó la buena mujer inclinándose sobre la cama su rostro satisfecho. El favor lo reciben mis viejos labios pudiendo besar esa hermosa frente.

Y echó a correr repitiendo:

—Hasta la vista, hasta la vista.

En la calle de la Torre menudeaban ahora las conferencias, a veces tumultuosas, entre Claudio, su madre y naturalmente la fiel Rosalía. Se había desocupado aquella pieza de la planta baja que había servido de invernadero y de cuarto de trastos viejos y que comunicaba con una especie de gabinete; una y otra daban al jardincillo anejo al pabellón y eran independientes de la casa de los Lecoutellier. Pero ambas habitaciones hallábanse en un estado deplorable; cuando Rosalía las hubo barrido bien y cuando nada se interponía entre el ojo del observador y las heridas de las paredes, vióse que

el papel se caía a pedazos, que la pintura de las maderas se desprendía y que el techo estaba lleno de manchas.

—¡Qué feo es esto!, exclamaba Rosalía.

—Y qué sucio, añadía su ama.

—Es espantoso, exclamaba Claudio. No es posible alojar aquí a esa señora.

—Sobre todo cuando los muebles harán que esas piezas aparezcan aún en estado más desastroso.

—Pues, mamá, a grandes males grandes remedios. ¿Cuánto costaría pintar un poco el techo, la puerta y la ventana y cambiar el papel?

—Con papel de doce a quince sueldos la pieza, y por este precio lo hay muy bonito, podrá costar unos cuarenta o cincuenta francos.

—Y estoy segura de que esa señora no lo encontrará caro, observó Rosalía.

—¿Pero crees que vamos a hacerle pagar esto?

—Tiene usted razón, señora; ya será bastante cobrarle el alquiler y la pensión... ¿Y cuánto piensa usted pedirle?

—Nada... ¿Verdad, Claudio?, dijo la señora Lecoutellier después de cierta vacilación.

—No aceptaría, mamá, y haría bien, porque esto se parecería a una limosna... Por supuesto, añadió riendo, que no te incito a especular con ella; pero es menester que pueda decir, sin humillación, que paga su manutención y su alojamiento. Me parece que sesenta francos al mes...

—¿No será un poco caro?

—No, señora, afirmó resueltamente Rosalía; le aseguro que por este precio no ganará usted nada.

—Bueno, mamá, ya arreglarás este asunto con ella; ahora ocúpate de esa limpieza.

—Y al mismo tiempo miraré los muebles.

Tan buena maña se dió, que ocho días después hubo en el pabelloncito de la calle de la Torre una inauguración sensacional. De la que la señora Lecoutellier habló durante mucho tiempo con Rosalía, que aun llora enternecida recordando aquella fecha. En efecto, aquel día Manuela salió del hospital para instalarse en su nueva casa, de la cual la señora Lecoutellier no le quiso decir nada hasta que la puso en posesión de ella.

La pobre enferma no se hallaba aún enteramente restablecida; estaba muy pálida y, sobre todo, muy débil. Sólo hacía tres días que se levantaba, el primero una hora, el segundo dos y el tercero toda la tarde.

El primer día, cuando la hermana enfermera que la ayudaba a vestirse, le había dicho que probase de andar un poco, todo había dado vueltas a su alrededor y había tenido que agarrarse al brazo de aquella:

—¡El vértigo!, había dicho la sor riendo. A todas les sucede lo mismo; pero luego se acostumbra. Ya verá usted cuán pronto se sentirá animosa.

Y efectivamente el vértigo habíase disipado y la convaleciente habíase sentido más segura. Además, tenía tantas ganas de salir, de respirar; sentía tanta necesidad de aire libre, que al otro día era ella la que quería estar más tiempo levantada.

—No, basta por hoy, le había objetado la hermana. El señor Lecoutellier ha dicho que sólo dos horas.

Y ante esta observación habíase acostado en seguida dócilmente; por nada del mundo habría querido desobedecer a su salvador.

Únicamente al tercer día, cuando la vió, aunque languideciente, tranquila y sonriente, con aquella sonrisa enternecida, agradecida, que sólo para él tenía, Claudio le dijo:

—Mañana saldrá usted agotado y yo mismo la llevaré a su casa.

—Pero esa casa, ¿no quiere decirme dónde está?

—Ya lo verá usted.

Al día siguiente, al llegar al hospital preguntó a la hermana cómo había pasado la noche Manuela.

—Algo agitada, pero buena a pesar de todo.

—Pues vamos, el coche nos espera.

Sí, Manuela tenía prisa por dejar aquella triste sala del hospital; y, sin embargo, allí la habían socorrido y curado; allí había encontrado por vez primera desinterés, compasión, bondad. Y cuando la hermana se despidió de ella ofreciéndole rezar para que su total curación fuese rápida, sintió que los sollozos la ahogaban y llorando tendió los brazos a la religiosa cuyos ojos estaban también empañados por las lágrimas. Nunca hubiera creído que aquella despedida le desgarrase el alma como una cruel separación.

Pero Claudio le ofrecía ya su brazo y lentamente pasaron por delante de aquellas camas en donde brillaban ojos que la miraban con envidia, a ella, a la dichosa, a la curada; cruzaron el amplio corredor y la galería que circunda el patio, bajaron la escalera y salieron por la puerta que da al atrio de Nuestra Señora... Allí estaba el coche.

—A la calle de la Torre, dijo Claudio al cochero. Cuando el cochero se detuvo, Manuela vió allí a la señora de Lecoutellier.

—¡Oh, señora!, le dijo. Se ha tomado la molestia de venir...

—Y no he tenido que andar mucho, hija mía.

—¿Vive usted cerca?

—Sí, muy cerca.

Claudio y su madre la hicieron atravesar un pasadizo que dejaba a la derecha la escalera de la casa.

—¿Qué, no subimos?, preguntó Manuela.

—No, la habitación está en la planta baja.

El pasadizo daba al jardincillo y a un lado de éste veíase abierta una puerta vidriera, recién pintada; allí estaba Rosalía, emocionada y sonriente.

—Entre usted, hija mía, dijo la señora de Lecoutellier a Manuela; está usted en su casa.

Aquella habitación era de una sencillez cenobítica, pero ¡tan alegre, tan clara! El papel sembrado de florecillas rosas era lindo como si hubiese costado diez francos; la ventana, con sus cortinillas de muselina bordada, parecía adornada para una fiesta de familia. La cama, de nogal barnizado, tenía también sus cortinas de muselina; las sillas eran de paja y rodeaban una mesa de nogal, algo grande, en la que lo mismo podían colocarse libros y cuadernos que disponer una tela para cortarla y coserla. Había, además, una gran butaca muy cómoda, el asiento más a propósito para descansar de cualquier fatiga o para convalecer después de una enfermedad, y enfrente de la cama el armario de espejo. Y finalmente, en todas partes, en la cómoda, en el tocador los utensilios familiares, la lamparilla de porcelana, el hornillo de alcohol, el despertador, y encima de todos los muebles, grandes ramos de flores que perfumaban el ambiente y alegraban la vista.

—¿Le gusta a usted?, preguntó la señora Lecoutellier a Manuela al ver que ésta, muda de asombro y de emoción, juntaba las manos enternecidas.

—¡Oh, señora, mi querida señora!, balbuceó Manuela con acento tembloroso.

—Sí, ya veo que estará usted bien. Pues mire usted, de los quinientos francos aun me ha sobrado algo... Y todavía no lo ha visto usted todo... El pequeño gabinete también está amueblado, y allí pondremos a la niña cuando esté destetada. En esa alacena hay ropa blanca; en esa otra, la vajilla menuda necesaria en toda casa, porque en cuanto a la grande no ha de preocuparse usted, desde el momento en que está usted a pensión aquí al lado. Respecto del precio de la pensión, no se apure usted, porque contaremos lo más justo.

—Pero aquí al lado..., ¿quién vive?

—Nosotros.

—Señora, es usted divinamente buena.

Entonces fué la señora Lecoutellier la que, con los ojos humedecidos, abrió sus brazos a la forastera, a la que aquel día encontraba un hogar bendito y una familia, y le murmuraba suavemente al oído:

—¡Oh no! Nada de esto; usted pagará su alquiler y su pensión... Ya ve usted que se trata de un negocio, de una pequeña especulación. ¡Ah, hija mía! ¿Por qué llora usted?

Por aquel entonces Victorino Delorme, libre al fin del servicio militar que durante un nuevo período de cuatro años le había sujetado a su disciplina férrea, regresaba a Francia, dueño del saldo de su prima de reenganche, de la que sólo había podido percibir una parte al vestir de nuevo el uniforme.

La travesía del espectado que conducía a su escuadrón habíase efectuado sin novedad y al llegar al Havre habíale entregado su licencia absoluta Y una vez en París, porque allí se fué a toda prisa, su primera visita había sido para Madeleur.

Este era fácil de encontrar, pues no había abandonado el Internacional Club, de suerte que Delorme, al entrar en la Raedera no había tenido que hacer más que preguntar por él.

—¡Delorme!, exclamó Tres-Zarpas al verle.

Pero Delorme, sin contestarle al saludo, preguntó en seguida.

—¿Y la mexicana?

—No me ha dado poco que hacer.

—Pero, ¿sabes dónde está?

—Sí... ¡Las cosas que han pasado desde que fui a recogerla al Havre!

—¿Qué ha pasado?

—En primer lugar, al día siguiente de su llegada levantóse con las gallinas, salió del hotel y luego ¡ni rastrol!, eclipsada.

—¿Qué hiciste entonces?

—Entonces, gracias a Francia...

—¿Quién es Francina?

(Se continuará.)

POMPEYA.—NUEVOS E IMPORTANTES DESCUBRIMIENTOS. (Fotografías de Carlos Abeniacar.)

El Consejo Superior de Antigüedades y Bellas Artes de Italia, invitado por el profesor Víctor Spinazzola, superintendente de las Excavaciones y director del Museo de Nápoles, ha podido comprobar, en una reciente visita a Pompeya, los admirables resultados de las exploraciones que se han llevado a cabo, bajo la dirección del mencionado profesor, desde el mes de julio de 1910 hasta el mes de febrero del presente año.

Comenzó la visita por la casa llamada «del conde de Turín,» por haber éste presenciado hace algunos años los primeros trabajos de descombro de aquella vivienda situada en la calle de Nola. Los trabajos en aquel sitio quedaron interrumpidos al cabo de poco tiempo, hasta que últimamente fueron reanudados por el Sr. Spinazzola.

La «Casa del conde de Turín» presenta actualmente al descubierto un vastísimo atrio y un gran peristilo, en cuyo centro se ve una fuente de aspecto raro y con multitud de caños alineados a lo largo de sus pretilos. Hay, además, en él una porción de estatuillas adornadas con esgrafiados, gracias a los cuales ha podido venirse en conocimiento de que el propietario de aquella mansión era Obellio Firmo, personaje notable de Pompeya.

Las últimas excavaciones han sido dirigidas hábilmente por el profesor Spinazzola, según un método rigurosamente científico, que consiste principalmente en la observación minuciosa de la posición de todos los objetos y de los restos que se encuentran y de su reinstalación en las mismas condiciones en que se hallaban antes de producirse la catástrofe que sepultó la hermosa ciudad bajo la lava del Vesubio.

Gracias a este procedimiento ha podido reconstituirse una conmovedora escena de muerte: una familia entera sorprendida en su fuga y que pereció bajo la lluvia de fuego y de ceniza. El citado profesor ha tomado las debidas disposiciones para que estos esqueletos no fueran a aumentar el osario de Pompeya, habiendo ordenado que fuesen separadas las cenizas que los envolvían y que los cadáveres fuesen dejados en el mismo sitio y en las mismas posiciones en que fueron encontrados a fin de que los visitantes pudieran ver en todo su realismo la impresionante escena.

Los cadáveres aparecieron en un pasillo de la casa, en donde los fugitivos debieron refugiarse creyendo que en aquel sitio estarían a salvo sus vidas, y están divididos en dos grupos: dos niñas tienen las cabezas apoyadas una sobre la otra en actitud de besarse; al lado de ellos, el padre y la madre, cogidos de las manos; algo separados de ellos, dos adultos, segura-

mente dos criados, con los miembros retorcidos sin duda en los espasmos del terror.

ver de otro hombre que para salvarse habíase encaramado a un árbol; pero la lava lo sepultó y su esqueleto permaneció abrazado a las ramas.

Estos descubrimientos constituirán la mayor curiosidad de la «Casa del conde de Turín,» una de las principales viviendas de la mejor época de Pompeya, que además contiene, entre otras muchas cosas notables, frescos bellísimos, uno de los cuales representa tres mujeres en grandiosas y doloridas actitudes.

Pero el descubrimiento más original y que dará a Pompeya un aspecto nuevo es el de los balcones de la calle de la Abundancia. Se necesitará un largo y paciente trabajo para volver a colocar en sus respectivos sitios todas las partes caídas y que hasta ahora se habían perdido; pero los resultados coronarán triunfalmente los esfuerzos del profesor Spinazzola, como los han coronado hasta el presente, pues bien puede afirmarse que el genial arqueólogo ha realizado en la mencionada calle descubrimientos superiores a cuantos hicieran sus predecesores.

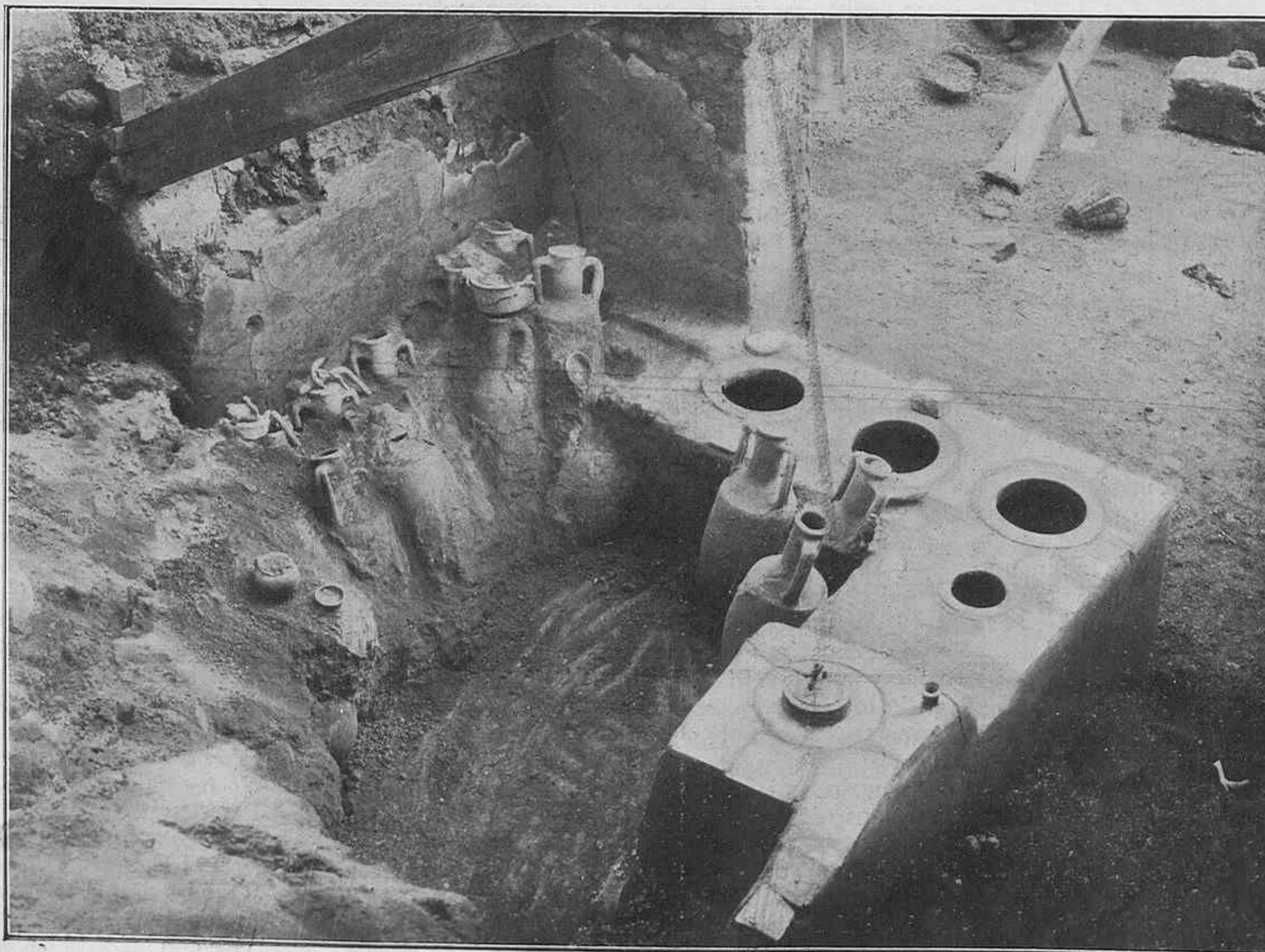
La calle de la Abundancia es una nueva vía que se va abriendo y que conducirá directamente desde las antiguas excavaciones de occidente al Anfiteatro; la lava la cubre en una altura de muchos metros, pero poco a poco va desapareciendo y dejando al descubierto las losas del empedrado, las aceras y las fachadas de las tiendas. En un ángulo de la misma, detrás de una fuente pública, se ha descubierto un gran fresco que representa las doce divinidades del Olimpo y otro más pequeño en el que se ven cuatro sacerdotes ofreciendo sacrificios a los dioses lares.

Muy cerca de allí se ha realizado otro descubrimiento importantísimo: el de un *Termopolio*, que era en la antigüedad lo que es en nuestros días el bar, en el cual se han encontrado multitud de objetos curiosos: jarrros, vasos, botellas, la caja con el dinero recaudado durante el día y un aparato, el primero en su género descubierto en Pompeya, para calentar el agua, el vino y toda clase de bebidas, con su tapadera atada con una cadenita y su pequeño tubo para dar salida al humo. Y aunque parezca extraordinario, se ha encontrado en dicho aparato agua, que, no habiendo podido penetrar en él desde el exterior, cosa materialmente imposible, debe ser forzosamente la misma que había en él en el momento de la gran catástrofe.

Las excavaciones de Pompeya, que durante largos años habían sentido los efectos de la incuria de las autoridades, han vuelto a entrar en un período de gran actividad gracias al sabio profesor Spinazzola. — A.



Frescos religiosos recientemente descubiertos en Pompeya



Termopolio (bar) recientemente descubierto en Pompeya

También en la misma casa, aunque a alguna distancia de los anteriores, se ha encontrado el cadá-

han vuelto a entrar en un período de gran actividad gracias al sabio profesor Spinazzola. — A.

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—BOTADURA DE UN ACORAZADO INGLÉS.—HOMENAJE A GAMBETTA

Hace poco efectuóse en Barrow la botadura del nuevo acorazado inglés bautizado con el nombre de *Queen Mary* (Reina María), que es el de la actual soberana de Inglaterra.

El *Queen Mary* es el mayor acorazado del mundo: tiene 198 metros de eslora y 26 de manga y desplaza 27.000 toneladas. Sus máquinas desarrollan una fuerza de 75.000 caballos, que le imprime una velocidad de 28 nudos por hora. Su armamento se compone de ocho cañones de trece pulgadas y media colocados en cuatro torres en el centro del barco y de diez y seis cañones de cuatro pulgadas destinados a rechazar los ataques de los torpederos.

Como se ve, Inglaterra no cesa en su empeño de conservar a todo trance su superioridad naval, y que el gobierno persibe en esta política, aprobada por la inmensa mayoría del país, lo demuestra el discurso pronunciado hace poco en la Cámara de los Comunes por Mr. Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo, al hacer la exposición del presupuesto de su departamento.

Este discurso ha sido objeto de tantos comentarios, que estimamos oportuno decir algo acerca del mismo.

Después de un preámbulo sobre la situación difícil que en todos los países resulta del aumento constante de las construcciones navales y del coste cada día mayor de éstas, ocupóse el ministro de la situación naval de Inglaterra con respecto a Alemania y sentó la afirmación de que la marina inglesa ha de tener siempre en acorazados y cruceros acorazados del tipo *dreadnought* una superioridad de un 60 por 100 sobre la marina alemana. Partiendo de esta base, hizo ver la necesidad de construir alternativamente durante seis años cuatro acorazados y tres *dreadnoughts*, y añadió:

«Si durante estos seis años, Alemania, como parece probable, construye dos buques suplementarios, nosotros contestaremos construyendo cuatro en el mismo período. Por supuesto que si Alemania reduce sus construcciones o las retarda dentro de ciertos límites, nosotros, así que el hecho esté debidamente comprobado, contestaremos con reducciones proporcionales a las suyas, si bien tenien-

do en cuenta, en una cierta medida, los aumentos de construcciones en otras potencias marítimas...

»A los parlamentos y a las naciones de ambos países toca juzgar.»

Estas manifestaciones de lord Churchill han tenido, como puede suponerse, gran resonancia en las cancillerías extranjeras y muy singularmente en Berlín.

Los que fueron amigos de Gambetta conmemoran todos los años la fecha del nacimiento de éste visitando la quinta de los Jardies en Ville-d'Avray, en donde vino al mundo el gran estadista.

Este año la manifestación revistió singular importancia, habiendo asistido a ella, en representación del gobierno, los Sres. Poincaré, presidente del Consejo; Millerand, ministro de la Guerra; y Besnard, subsecretario de Estado en Hacienda, así como delegaciones del Senado y de la Cámara de Diputados y gran número de elevadas personalidades políticas, artísticas y literarias.

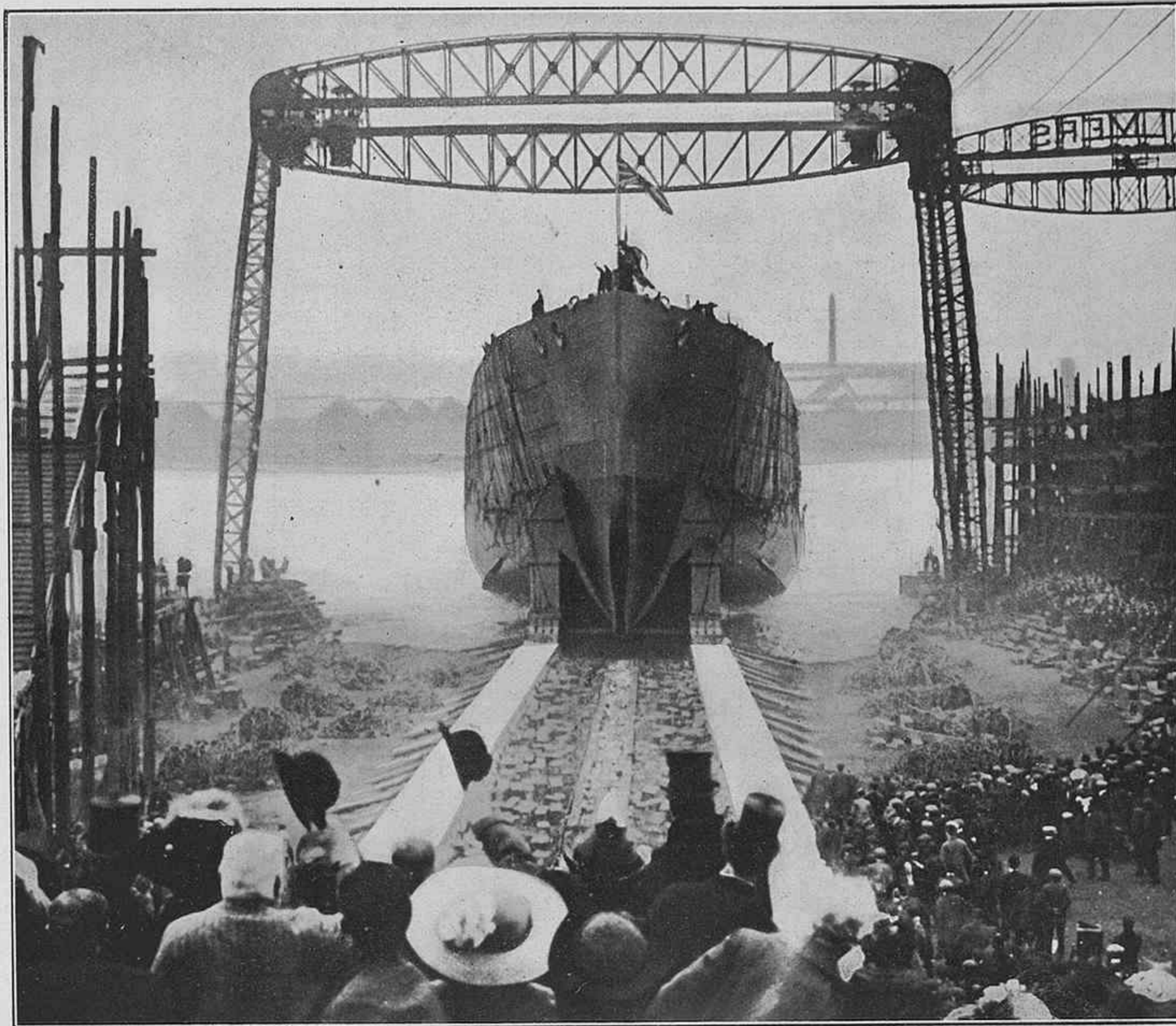
Reunidos todos en la quinta de los Jardies, pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Etienne, vicepresidente de la Cámara de Diputados; Poincaré, Millerand y Claretie, en nombre del Parlamento, del gobierno, de la defensa nacional y de los amigos de Gambetta respectivamente, enalteciendo todos ellos la memoria del ilustre tribuno y ardiente patriota, y estudiando su personalidad en los distintos aspectos en que tan poderosa influencia ejerció en la política francesa.

Todos los discursos fueron sumamente aplaudidos, particularmente el del presidente del Consejo de Ministros señor Poincaré, quien con acento emocionado recordó la obra realizada por Gambetta durante la guerra franco-alemana, la pasión con que sirvió a su patria y el admirable ascendiente que ejerció no sólo entre los políticos, sino también entre los militares.

Terminados los discursos, los asistentes al acto visitaron la quinta y depositaron en ella una magnífica palma conmemorativa.

Por la tarde celebróse en Sevres un banquete que fué presidido por el Sr. Besnard, quien en el discurso que pronunció al final recor-

dó, entre los aplausos de los comensales, que Gambetta nunca se rebajó a adular al pueblo, porque le estimaba tanto como le amaba.—S.



Barrow (Inglaterra)—Botadura del acorazado «Queen Mary», el mayor de cuantos actualmente hay en el mundo. (De fotografía de Carlos Trampus.)

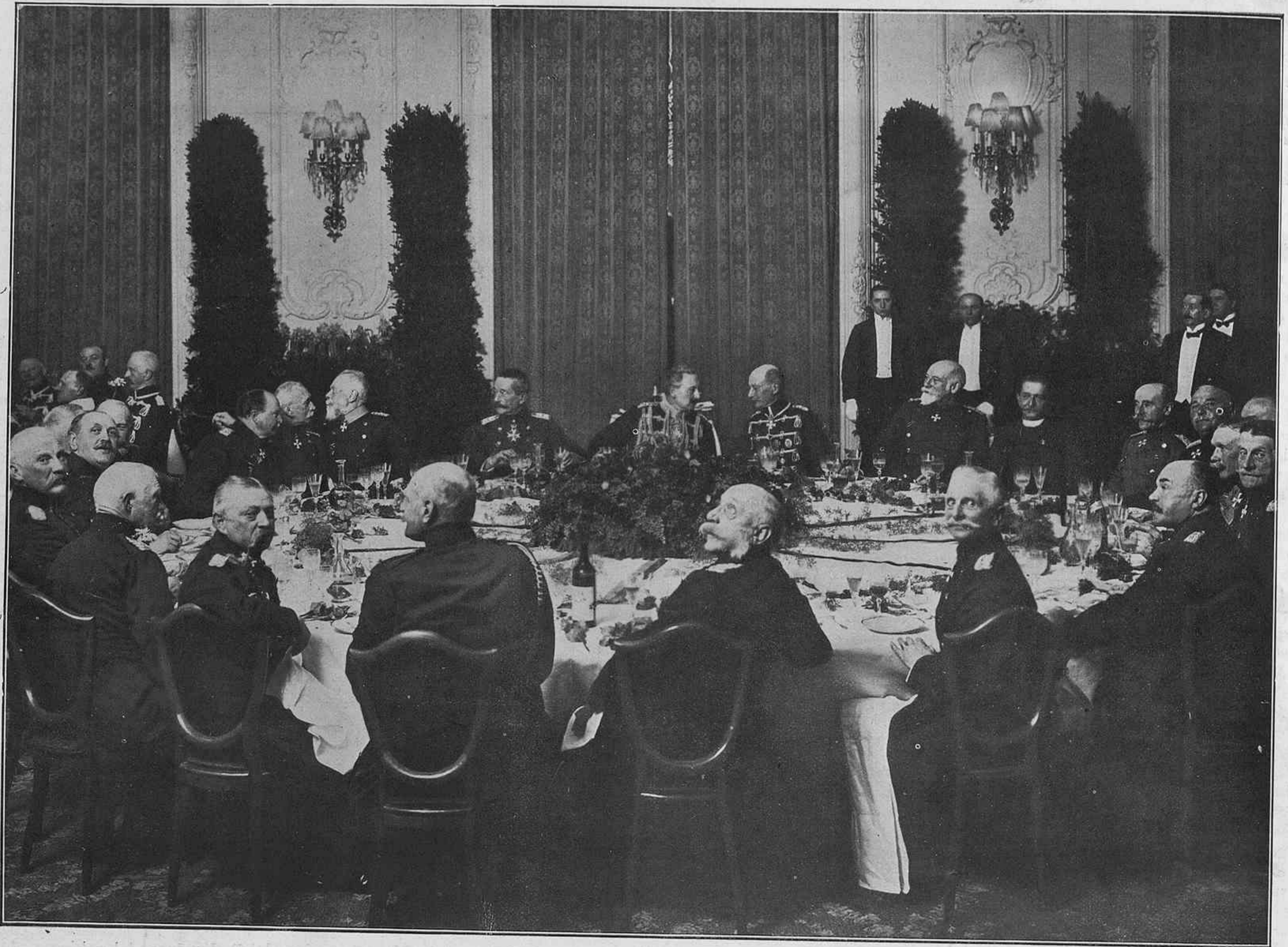
»De suerte que nuestra línea de conducta es tal, que Alemania nada habrá de ganar nunca aumentando sus construcciones, y en cambio nada podrá perder nunca disminuyéndolas.

»He aquí, pues, el medio de moderar, en cualquier momento, el peso costoso de las rivalidades



Ville-d'Avray (Francia).—Homenaje a Gambetta. El Sr. Etienne, vicepresidente de la Cámara de Diputados, leyendo su discurso en la casa en donde nació Gambetta. (De fotografía de M. Rol.)

nales sin recurrir ni a negociaciones ni a regateos y sin atentar a la libertad soberana de las dos potencias.



Berlín.—El emperador Guillermo II de Alemania en el banquete recientemente celebrado en el hotel Esplanade por varios oficiales de los regimientos de Guardias de Corps, Húsares de la Guardia, Hulanos y Cazadores. (Fotografía comunicada por C. Tramfus.)

Pocos días antes de emprender su viaje a Corfú, el emperador Guillermo II de Alemania asistió a un banquete militar que en el hotel Esplanade, de Berlín, se celebró bajo la presidencia del duque Juan Alberto de Mecklenburgo.

Esta fiesta fué organizada por multitud de oficiales que en el período de 1885-1895 pertenecían a los regimientos de Guardias de Corps, de Húsares de la Guardia, de Hulanos y de Cazadores, y el emperador que, en los primeros años de aquel período, había mandado el regimiento de Húsares de la Guardia, quiso honrar con su presencia aquel acto de confraternidad militar ostentando el uniforme del citado regimiento.

La fotografía que reproducimos tiene la particularidad de ser la primera que se ha hecho del emperador sentado a la mesa en compañía de algunos generales, jefes y oficiales de su ejército. Guillermo II tiene a su derecha al general de caballería barón de Bissing y a su izquierda al general de la misma arma Mossener.

El día antes, el soberano alemán había asistido a otro banquete de mayor significación política, sin duda, que el del hotel Esplanade; nos referimos al que el día 19 de marzo último dió en su residencia oficial al embajador francés Sr. Cambón. A él concurrieron también el canciller del imperio Sr. Bethmann Hollweg, el secretario de Estado de los Negocios Extranjeros Sr. Kiderlen-Wächter y otros altos dignatarios de la corte.

Después del banquete varios actores franceses representaron el *Caprice* de Musset y recitaron varias poesías. El emperador conversó amablemente con todos ellos.

Aunque la fiesta tuvo en cierto modo carácter íntimo y en ella nada se habló de política, la presencia en ella del emperador ha sido muy comentada y se presenta como una prueba evidente de los deseos de Guillermo II de imprimir en las relaciones franco-alemanas un carácter de cordial cortesía que poco a poco pueda ir modificando el estado de tirantez que desde hace más de cuarenta años existe entre los pueblos de Alemania y de Francia.

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PENSIÓN PARA ENFERMOS DE LOS NERVIOS

especialmente para

EPILEPTICOS, HISTÉRICOS Y NEURASTÉNICOS

Tratamiento medicinal sin bromuro según el método probado del Dr. Rosenberg. Dieta según la prescripción del Dr. Rosenberg.

Sobre la base de las experiencias precedentes se puede contar con muy buenos éxitos.

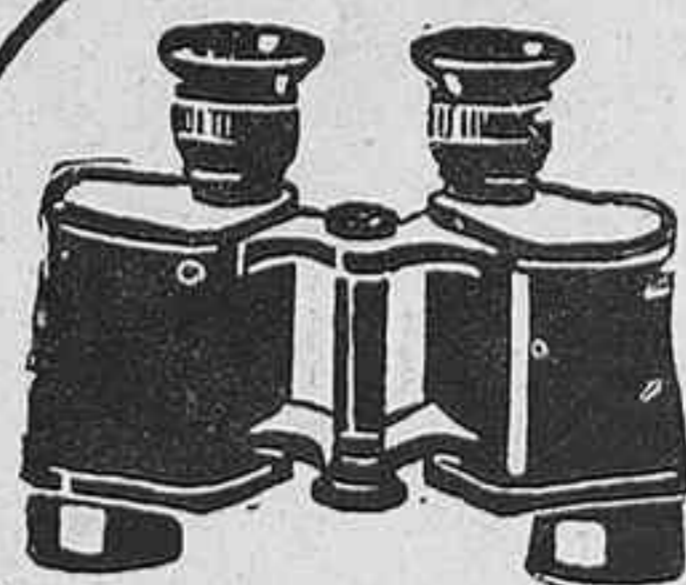
Hermana de caridad Else Moeller. SEÑORA KNOP

Berlin.—Charlottenburg, Uhlandstr. 185/186.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

LEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

**EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.**

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

**E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)**

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN